La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

EL BURLADOR DE LA GALAXIA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

JOSEPH BERNA

EL BURLADOR DE LA GALAXIA

LA CONQUISTADEL ESPACIO No. 585

CAPITULO PRIMERO

Corría el año 2125.

La Vía Láctea, la galaxia a la cual pertenece el Sistema Solar, había sido totalmente explorada ya por las astronaves terrestres, y descubiertos los planetas en los cuales era posible la vida, al reunir las condiciones indispensables para ello.

Eran bastantes los mundos en los que se podía vivir como en la Tierra, y muchos de ellos se hallaban habitados ya por seres terrestres.

Uno de estos mundos era Zoro, un planeta algo menor que la Tierra, pero muy parecido a ésta en todo lo demás.

En Zoro se habían levantado numerosas ciudades y muchas casas aisladas, porque también había quien prefería vivir en el campo.

Era el caso de Humphrey Wells, director del Banco Espacial de Zoro.

Un Banco realmente importante.

Miles de lingotes de oro se guardaban en él.

Lógicamente, las medidas de seguridad adoptadas por el Banco Espacial de Zoro eran máximas, pues se temía, y con razón, que alguna banda de atracadores se decidiese a asaltarlo.

No había sucedido nunca, por fortuna, pero existía la posibilidad, y todo el mundo estaba alerta de forma

permanente, por si acaso.

Lynn Holbrook, jefe de policía de Mariner City, la ciudad en donde se alzaba, majestuoso, el Banco Espacial de Zoro, estaba siempre con la mosca tras la oreja.

Era, sin duda alguna, quien más temía que el Banco Espacial fuese asaltado, pese a las fuertes medidas de seguridad existentes.

Humphrey Wells, en cambio, estaba mucho más tranquilo, y siempre que hablaba con el comisario jefe Holbrook le decía que, aunque alguna banda de atracadores se atreviese a asaltar el Banco, fracasaría rotundamente, pues era prácticamente imposible superar todas las barreras de seguridad que cerraban el camino, largo camino, de la caja fuerte.

Lynn Holbrook estaba de acuerdo en eso, pero no descartaba totalmente la posibilidad, y mantenía a sus hombres en constante vigilancia, tanto en tierra como en el aire.

Una de las varias patrullas que vigilaban por el aire, estaba formada por Dimitri Tarakanov y Jochen Kargus, quienes, con una pequeña y velocísima nave, dotada de, los más modernos y eficaces medios de defensa, sobrevolaban a gran altura Mariner City, llegando, en ocasiones, a salirse de Zoro, para echar un vistazo al espacio sideral y asegurarse de que también por allí andaba todo en calma.

Esto, precisamente, estaban haciendo en aquellos momentos. No vieron nada de particular.

Sólo las estrellas, brillando con fulgor en la inmensidad del cosmos.

Se disponían ya a regresar a Zoro, cuando Dimitri Tarakanov respingó en su asiento y exclamó:

—¡Jochen!

Su compañero lo miró, alarmado.

—¿Qué ocurre, Dimitri?

—¡He visto moverse algo!

—¿Por dónde?

—¡Por allí! —Dimitri Tarakanov señaló un punto determinado del universo, a través del mirador de la nave.

Jochen Kargus observó las estrellas con fijeza.

—Yo no veo nada, Dimitri.

—¡Algo se movió, te lo juro!

—Algún cometa.

—No, no me pareció que fuera un cometa. Juraría que era una nave, Jochen. Ahora fue Jochen Kargus quien respingó.

—¿Una nave, dices?

—Sí, Jochen. Una nave pequeña. Nos vio y desvió su rumbo. Por eso no podemos verla ahora.

—Vamos hacia allí, Dimitri. A toda prisa.

Dimitri Tarakanov, que era quien pilotaba la nave, aumentó la velocidad al máximo y el pequeño aparato se disparó como un rayo en dirección al punto en donde Dimitri creía haber visto una nave.

Y la vista no le había engañado.

Se trataba, en efecto, de una nave, algo mayor que la de ellos.

—¡Allí está, Jochen!

—¡Tenías razón, Dimitri! ¡Es una nave!

—¡Nos acercaremos más a ella!

—¡Sí, así la

veremos
mejor!
La nave patrulla siguió aproximándose con rapidez a la nave que había intentado esquivarles, lo cual ya resultaba ciertamente sospechoso, por aquello de que: quien teme, algo debe.
La nave desconocida, sin embargo, no aumentó su velocidad, y esto no dejó de extrañar a los dos policías, pues, si realmente deseaba burlarles, como antes diera a entender, aquélla no era la mejor manera de conseguirlo.
Al aproximarse más a ella, y observar su diseño con todo detalle, los dos patrulleros
reconocieron la nave, lo cual casi les hizo brincar
de sus respectivos asientos.
—¡Es la nave de Darío Sukman! —
exclamó Dimitri Tarakanov.
—¡El Burlador de la Galaxia! —dijo Jochen Kargus, porque así se le llamaba al piloto de la nave que perseguían.

*
*
*

Era la nave de Darío Sukman, *el Burlador de la Galaxia.*
En toda la Vía Láctea se le conocía.
En todos los planetas habitados se hablaba de él.
Unos lo hacían con admiración, con simpatía, y hasta con gratitud. Otros, en cambio, le odiaban y deseaban su muerte.

Darío Sukman tenía muchos amigos, pero también muchos enemigos, y de éstos últimos debía guardarse muy bien, porque si alguno de ellos lograba atraparle...

De hecho, varios de sus enemigos lo habían intentado, aunque sin ningún resultado positivo.

Era muy difícil atrapar a Darío Sukman.

Por algo se le llamaba el Burlador de la Galaxia.

Conocía la Vía Láctea mejor que nadie, así como todos y cada uno de sus planetas, habitados o no.

Su pequeña, pero poderosa nave, aparecía y desaparecía como por arte de magia. Y él también.

Había quien le creía un brujo.

Un ser con poderes sobrenaturales.

Los tuviera o no, lo cierto es que Darío Sukman hacía siempre lo que se le antojaba y cuando se le antojaba.

No obedecía órdenes de nadie.

Ni siquiera de las autoridades.

De ahí que éstas estuvieran deseando echarle el guante.

Pero les resultaba tan difícil como a los

enemigos de Darío Sukman.

Al igual que se burlaba de éstos, Darío Sukman se burlaba también de las autoridades. Le encantaba jugar con los policías.

Le divertía mucho.

Era lo que en aquellos momentos pensaban Dimitri Tarakanov y Jochen Kargus, que el astuto y hábil Darío les había permitido acercarse tanto porque deseaba divertirse un poco a su costa.

—¡Avisa al comisario, Jochen! —indicó Dimitri—. ¡Rápido!

Jochen Kargus encendió la pantalla del telecomunicador de la nave patrulla y llamó a Lynn Holbrook.

La imagen del comisario jefe no tardó en aparecer.

—¿Qué ocurre, Kargus?

—¡Agárrese bien a su sillón, comisario!

—¿Por qué?

—¡Tenemos ante nosotros la nave de Darío Sukman!

El jefe de policía de Mariner City dio un fuerte respingo.

—¿La nave de...?

—¡Sí, comisario! ¡La nave del Burlador de la Galaxia!

—¿Estáis seguros...?

—¡Absolutamente, comisario!

—¿Hacia dónde se dirige, Kargus?

—¡Si no varía el rumbo, aterrizará en Zoro! Lynn Holbrook respingó de nuevo.

—¿En Zoro...?

—¡Sí, comisario!

—¡Ese tipo se lleva algo entre manos!

—¿Qué hacemos, comisario?

—¡Seguidle, Kargus! ¡No perdáis de vista su nave! ¡Tenemos que saber en qué lugar de Zoro aterriza exactamente! ¡Esta vez le atraparemos, o dejaré de llamarme Lynn Holbrook!

—Le sugiero que vaya pensando en otro nombre, comisario, porque ya sabe usted lo difícil que es apresar a Darío Sukman.

—¡Menos bromas, Kargus!

—Disculpe, comisario.

—¿Seguís viendo su nave?

—Sí, comisario. La tenemos a un tiro de piedra.

—¡No os confiéis, Kargus! ¡Ese maldito intentará burlaros de un momento a otro!

—Es lo que Dimitri y yo nos tememos, comisario.

—¡Procurad que no lo consiga, Kargus! ¡Os arrancaré las orejas a los dos si perdéis de vista su nave!

—Descuide, comisario. Haremos todo lo posible para que Darío Sukman no se nos escabulla.

La nave patrulla, que había reducido considerablemente su velocidad, para no adelantar a la nave del Burlador de la Galaxia, siguió persiguiendo de cerca a Darío Sukman, quien

no realizó ninguna de sus acostumbradas maniobras para burlar a sus perseguidores.
El comisario Holbrook continuó en contacto directo con Dimitri Tarakanov y Jochen Kargus, para seguir informado de lo que ocurría.
La nave de Darío Sukman entró en Zoro, seguida de la nave patrulla.
—Parece que se dirige a Mariner City, comisario —informó Jochen Kargus.
—¿Qué...? —exclamó Holbrook, perplejo—. ¡No es posible, Kargus!
—Le juro que sí, comisario. La nave de Darío Sukman va directa a Mariner City. El jefe de policía guardó silencio unos instantes.
Se había puesto pálido y los labios le temblaban ligeramente.
Y es que estaba pensando en el Banco Espacial de Zoro. En los lingotes de oro que almacenaba su caja fuerte.
¿Tendría eso algo que ver con la llegada de Darío Sukman...?
¿Se habría propuesto el Burlador de la Galaxia asaltar el Banco...?
¡Era muy capaz de intentarlo, sólo por divertirse!
¡Para poner en evidencia las medidas de seguridad del Banco!
¡Para reírse de ellas!
De pronto, Jochen

Kargus exclamó:

—¡Comisario!

Lynn Holbrook respingó en su sillón.

—¿Sí, Kargus...?

—¡Darío Sukman se dirige hacia ahí!

—¡Ya dijiste antes que se dirigía a Mariner City, estúpido!

—¡Cuando dije «hacia ahí», me refería a la comisaría!

El jefe de policía puso unos ojos como huevos de gallina.

—¿Que viene a la comisaría...?

—¡Sí, comisario! ¡Va a posar su nave en la azotea del edificio!

—¡Ese tipo está loco! ¡Va a meterse en la boca del lobo! ¡Se diría que quiere que lo

atrapemos!
—¡Está
posando ya su
nave,
comisario!
—¡Muy bien! ¡Si quiere darnos facilidades, nosotros encantados! ¡Posad vuestra nave junto a la de él y apuntadle con vuestras armas, en cuanto se deje ver! ¡Yo corro ya hacia la azotea!
—
¡Bien,
comisario!
Lynn Holbrook abandonó velozmente su
despacho y subió a la azotea. Con él,
subieron cuatro policías más.
Cuando llegaron arriba, Dimitri Tarakanov y Jochen Kargus habían posado ya su nave patrulla junto a la nave de Darío Sukman, saltando al suelo, y ahora esperaban a que el Burlador de la Galaxia saliese de la suya.
Como Darío Sukman no se dejaba ver, el comisario Holbrook y sus hombres subieron a su nave, esgrimiendo sus armas.
Se llevaron una tremenda sorpresa, porque Darío
Sukman no se hallaba a bordo.
Una vez más, el Burlador de la Galaxia
se había reído de la policía.

CAPITULO II

Como era de esperar, el comisario jefe Holbrook montó en cólera al comprobar que Darío Sukman se había reído de ellos.

—¡Maldición! —rugió, dando un furioso patadón en el suelo—. ¡Ese hijo de Satanás nos ha tomado el pelo!

—Eso parece, comisario —suspiró Dimitri Tarakanov—. No iba en su nave, era el piloto automático quien la guiaba.

—Sí, todavía sigue colectado —dijo Jochen Kargus, señalando el mando correspondiente.

—¡Maldito zorro! —barbotó Lynn Holbrook—. ¿Qué diablos pretende con...?

—Tranquilícese, comisario —rogó Jochen—. Sea lo que sea, su nave está aquí, en la azotea de la comisaría, y tarde o temprano tendrá que venir por ella.

—Kargus tiene razón, comisario —opinó Dimitri—. Darío Sukman tendrá que venir por su nave, y entonces podremos atraparle.

—Me pregunto dónde demonios estará, en estos momentos —rezongó el jefe de policía.

—El algún lugar de Zoro, seguro —dijo Jochen.

—Yo apuesto a que está en Mariner City —dijo Dimitri.

—Sí, eso mismo temo yo —mascculló Holbrook—. Si su nave está aquí, es porque él también está. ¿Y sabéis por qué temo tanto la llegada de Darío Sukman?

—¿Por qué, comisario? —preguntó Jochen.

—Porque en Mariner City está el Banco Espacial de Zoro. Jochen y Dimitri cambiaron una mirada. El primero murmuró:

—¿Piensa usted, comisario, que Darío Sukman...? Lynn Holbrook dio una cabezada.

—Sí, lo pienso.

—No creo que se atreva, comisario —dijo Dimitri.

—Yo no estoy tan seguro —gruñó Holbrook.

—¿Qué hacemos, pues, comisario? —preguntó Jochen.

—Vosotros os quedaréis aquí, en la azotea. Los seis. Vigilando la nave de Sukman. Si apareciera ese maldito, avisadme en seguida. Estaré en el Banco Espacial.

—Muy bien, comisario.

—Y, por lo que más queráis, no dejéis escapar a Darío Sukman si se deja ver —suplicó Holbrook, antes de abandonar la azotea.

*

*

*

Humphrey Wells, el director del Banco Espacial de Zoro, era un hombre de estatura corriente, delgado, de cabello gris y facciones correctas. Contaba cuarenta y siete años de edad, y era viudo desde hacía cinco años.

Se encontraba en su despacho, y en aquel momento estaba hablando con Mandy, su hija, una muchacha de cabello rubio platino, ojos azules, chispeantes, nariz graciosa y

labios gordezuelos.
Mandy tenía veintidós años, y era una joven realmente bonita, por la que suspiraban más de una docena de hombres.
—¿Vendrás a almorzar, papá? —preguntó la muchacha, sonriendo en la pantalla del videófono.
—Me temo que no voy a poder, Mandy —respondió Humphrey.
—¿Por qué?
—Tengo un compromiso.
—¿Y no puedes eludirlo?
—No, lo siento.
La joven compuso una mueca de desilusión.
—Qué lástima. Tendré que almorzar sola.
—Hazlo con alguno de tus amigos. Tienes muchos.
—No, no me apetece almorzar con ninguno de ellos, hoy. Quería almorzar contigo. Incluso había preparado un plato especial.
—No sabes cómo lo lamento, hija. Te aseguro que si pudiera... La muchacha forzó una sonrisa.
—No importa, papá. El trabajo es lo primero. Porque supongo que tu compromiso de hoy estará relacionado con tu trabajo, ¿verdad?
—Por supuesto.
—¿No me engañas?
—¿Por qué iba a engañarte?
—Eres un cuarentón guapo y elegante. No me extrañaría que hubieras hecho alguna conquista.
Humphrey Wells se echó a reír.
—Por Dios, hija. Te agradezco que me consideres un hombre guapo y elegante, todavía, pero de conquistas, nada.
—¿Seguro?
—Te doy mi palabra.
—Bueno, porque tú no querrás.
—No quiero, es verdad. El recuerdo de tu madre está

siempre presente en mí. La amaba tanto que...
Humphrey se emocionó visiblemente. Mandy se emocionó también.
—Lo sé, papá. Lo de las conquistas era sólo una broma. No me lo tomes en cuenta. Humphrey Wells sonrió.
—¿Cómo iba a tomártelo en cuenta? Sabía que no hablabas en serio, Mandy.
—Te quiero.
—Y yo a ti. Tanto como quería a tu madre.
—Adiós, papá. Ya te he entretenido demasiado.
—No digas eso, hija. Sabes que me encanta que me llames al Banco.
—Pero entorpezco tu trabajo.
—No me importa, te lo aseguro.
—Eres un sol de padre.
—Y tú una maravilla de hija.

Mandy le lanzó un beso y cortó la comunicación, desapareciendo su imagen de la pantalla del videófono.

Humphrey Wells pulsó un botón y la pantalla se apagó.

Fue entonces, al desviar su mirada del videófono, cuando descubrió al hombre que se hallaba sentado en uno de los sillones del despacho.

Los ojos del director del Banco Espacial de Zoro se agrandaron, reflejando la mayor de las sorpresas.

El hombre, absolutamente desconocido para él, le sonrió con naturalidad. Aparentaba unos veintiocho años, y era un tipo alto, fuerte, atlético. Tenía el pelo oscuro, las facciones agradables, y vestía un traje plateado, de una sola pieza, muy brillante. De su cinto, ancho y dorado, pendían varios objetos extraños. Las botas, cortas y elásticas, eran de un rojo muy vivo.

—¿Por dónde ha entrado usted? —exclamó Humphrey, poniéndose en pie.

—Por la puerta, naturalmente —respondió el desconocido.

—¿Con permiso de quién?

—Su secretaria me dijo que podía pasar, señor Wells.

—¿De veras? —pareció dudarlo Humphrey.

—Sí.

—Mi secretaria no deja pasar a nadie sin consultarme antes.

—Conmigo hizo una

excepción, pues.

—Me gustaría saber por qué.

—Debí caerle simpático.

—No, no creo que fuera ésa la razón.

—¿No le soy simpático a usted, señor Wells?

—Si he de serle sincero, no.

—¿Por qué?

—Me molestó que entrara usted cuando yo estaba hablando con mi hija.

—Una muchacha encantadora.

Humphrey Wells respingó levemente.

—¿La conoce usted?

—Yo conozco a todo el mundo. Y todo el mundo me conoce

a mí. Si no personalmente, de oídas.

—¿Quién es usted, puede decírmelo?

—Darío Sukman, *el Burlador de la Galaxia.*

CAPITULO III

Humphrey Wells se derrumbó literalmente sobre su sillón, a causa de la impresión.

—Darío Sukman... —murmuró, mirando al Burlador de la Galaxia con ojos dilatados. Darío sonrió.

—Ha oído hablar de mí, ¿verdad, señor Wells?

—Mucho.

—Ya lo suponía.

—Es usted un tipo muy peligroso, Sukman.

—Sólo con quienes se lo merecen.

—La policía de toda la galaxia le busca.

—Pero no me encuentra.

—Algún día le atraparán.

—Si eso sucediera, cosa que dudo mucho, no tardarían en

soltarme, porque no tienen ningún cargo realmente importante contra mí.

—Yo he oído decir que tienen cientos de cargos.

—Cosillas sin importancia, se lo aseguro.

—¿Por qué le buscan con tanto empeño, entonces?

—Porque les irrita que haga siempre mi santa voluntad, no lo que a ellos les gustaría que hiciese. En realidad, yo soy una especie de colaborador de las autoridades.

—No sea cínico, Sukman.

Darío rió.

—Es la verdad, señor Wells. Colaboro con la policía de toda la galaxia, aunque reconozco que lo hago a mi manera. Y eso es lo que a ellos les disgusta y les enfurece. No les gustan los métodos que empleo. ¿Y sabe usted por qué no les gustan? Porque son más efectivos que los que emplean ellos. En el fondo creo que me tienen envidia. Por eso me persiguen. Son unos desagradecidos.

—Ahora aún me parece usted, más cínico que antes, Sukman.

—En cuanto le diga por qué he venido a verle, tendrá usted mejor opinión de mí.

—Lo dudo, pero dígamelo de todas formas. Siento una gran curiosidad.

—Su curiosidad se va a convertir en preocupación, señor Wells.

—¿Por

qué?
—Esta tarde va a ocurrir algo muy desagradable.
Humphrey Wells se puso visiblemente nervioso.
—¿Qué va a ocurrir esta tarde, Sukman?
—
Su
Banco
será
asaltado.

*

* * Humphrey Wells abrió la boca.
—¿Que mi Banco será...?
—balbuceó.
—Asaltado, señor Wells —repitió Darío Sukman—. Por una peligrosa banda de

atracadores. Y lograrán su propósito, a menos que yo intervenga, lo cual estoy dispuesto a hacer por una determinada suma de dinero. Una pequeñez, se lo aseguro. Lo justo para cubrir los gastos de mi viaje a Zoro. Me hallaba muy lejos de aquí, cuando me enteré de que su Banco iba a ser asaltado esta tarde.

Humphrey, pálido, preguntó:

—¿Cómo se enteró usted de que...?

—Eso no importa. El caso es que lo sé, y he venido a avisarle. Y a ofrecerle mis servicios, claro.

—¿Cuánto pide?

—Me conformo con un par de lingotes de oro. Humphrey no pudo por menos de sonreír.

—Conque una pequeñez, ¿eh?

—Para mí, lo es. Y para el Banco Espacial de Zoro, también. En su caja fuerte guarda miles de lingotes. Aunque se desprenda de dos...

—Está usted loco, Sukman.

—

¿Por qué dice eso?

—Si estuviera cuerdo, no me habría hecho una proposición semejante.

—¿Quiere decir que la rechaza?

—Naturalmente.

—Vaya, otro desagradecido —rezongó Darío.

—¿Por qué me llama desagradecido, Sukman? ¿Acaso tengo yo algo que agradecerle a usted?

—Muchísimo, señor Wells. Como ya le expliqué antes, he tenido que venir de muy lejos para avisarle de que su Banco va a ser asaltado.

Humphrey rió.

—Eso es un cuento chino, Sukman.

—¿De veras lo piensa?

—Estoy convencido. Aunque debo confesar que al principio le creí y me asusté. Pero es sólo una artimaña suya para conseguir un par de lingotes de oro.

—Se equivoca, señor Wells. Cuando yo quiero conseguir una cosa, la consigo sin tener que emplear artimaña alguna.

—Permítame

que lo dude.

—No me obligue a demostrárselo.

—¿Me está amenazando, Sukman...?

—No, yo no suelo amenazar a nadie, señor Wells. No me gusta.

—Le ruego que se marche. Tengo trabajo y no puedo perder el tiempo con usted, Sukman.

—No cree que lo del asalto al Banco sea cierto, ¿eh?

—Pues claro que no. Pero, aunque lo fuera, jamás contrataría sus servicios, Sukman. Ni por un par de lingotes de oro, ni por nada. Tenemos nuestros propios medios para hacer fracasar cualquier intento de robo.

—Le repito que, a menos que intervenga yo, los atracadores lograrán su propósito.

—Qué modesto es usted, Sukman.

—Hablo en serio, señor Wells. Su Banco será asaltado esta tarde y los atracadores se

llevarán hasta el último lingote de oro. Nada ni nadie podrá impedirlo.

—Sólo usted, ¿eh?

—Así es. Conozco a los atracadores, sé cómo van a actuar, y la hora exacta en que piensan hacerlo. Si usted me contrata, desbarataré su plan antes de que puedan llevarlo a cabo.

—Ya lo desbarataremos nosotros, no se preocupe.

—Le repito que no podrán.

—Y yo le repito que tengo trabajo. ¿Quiere hacer el favor de marcharse, Sukman?

—Es usted más terco que una mula, señor Wells.

—Adiós, Sukman.

El Burlador de la Galaxia exhaló un suspiro y se puso en pie.

—Está bien, señor Wells. No insistiré más. Pero, antes de irme, le diré cómo me enteré de que el Banco Espacial de Zoro será asaltado, y con éxito, esta tarde.

—Sí, dígamelo —sonrió Humphrey, que seguía sin creer a Darío Sukman.

Este lo miró fijamente a los ojos y reveló:

—Lo leí en los periódicos de mañana.

Humphrey Wells rompió a reír.

—¡En los periódicos de mañana...! —exclamó.

Darío Sukman esbozó una ligera sonrisa.

—Hasta la vista, señor Wells —se despidió, y abandonó el despacho del director del Banco Espacial de Zoro.

CAPITULO
IV

Humphrey Wells seguía riendo, cuando la puerta se abrió y Helena, su secretaria, entró en el despacho.
—¿Qué es lo que le divierte tanto, señor Wells...? —preguntó, sorprendida, pues era la primera vez que veía reírse tan a gusto al director del Banco.
—Lo que dijo el tipo que acaba de salir —respondió Humphrey, con los ojos llorosos.
—¿Qué tipo?
—Ese que usted dejó pasar sin mi permiso, Helena.
La secretaria, una mujer de unos veinticinco años, morena, bastante atractiva, parpadeó.
—Yo no he dejado pasar a nadie, señor Wells.
—Sí, dejó pasar a Darío Sukman.
—¡El Burlador de la Galaxia! —exclamó la secretaria, respingando.
—El mismo.
—¡No me diga que ha estado aquí, señor Wells! Humphrey dejó de reír.
—¿Pretende tomarme el pelo, Helena?
—¿Yo...?
—Usted sabe perfectamente que Darío Sukman ha estado aquí, en mi despacho. Usted lo dejó pasar.
La secretaria volvió a pestañear.
—Señor Wells, le juro por mi madre que yo no dejé pasar a nadie.
—No voy a reñirla por ello, si es eso lo que teme.
—Tiene que creerme, señor Wells. No he dejado entrar a persona alguna. Y tampoco he visto salir a nadie.
Humphrey empezó a creer que su secretaria decía la verdad.
—¿Se ausentó usted de su oficina, Helena?

—No me he movido de ella en toda la mañana.
—¿Ni siquiera unos minutos?
—No, señor Wells.
—Y dice que no vio entrar ni salir a nadie...
—No, señor Wells.
—Entonces, debe ser verdad.
—Claro que es verdad. ¿Por qué iba a mentirle?
—No me refiero a eso, sino a lo que se dice sobre Darío Sukman.
—Se dicen tantas cosas...
—Entre ellas, que tiene algo de brujo.
—Sí, parece ser que sí.
—A mí me ha demostrado que es cierto, puesto que entró y salió de mi despacho sin que usted lo viera.
—¿Tendrá la facultad de convertirse en un hombre invisible, señor Wells...?
—Tal vez, Helena. Lo mejor será que llame al comisario Holbrook y le informe de todo —

decidió Humphrey. y se dispuso a utilizar su videófono.
—No es necesario que lo llame usted, señor Wells. El comisario Holbrook está aquí —
comunicó la secretaria.
—¿De veras? —se alegró el director.
—Sí, por eso entré, para anunciarle su visita.
—Hágalo pasar en seguida, Helena.
—Sí, señor Wells.
La secretaria abrió la puerta y llamó al jefe de policía de Mariner City, quien entró rápidamente en el despacho. Helena salió de él y cerró la puerta, dejando solos a los dos hombres. Humphrey Wells, que se había puesto en pie, tendió su mano al comisario jefe.
—¿Qué tal, Holbrook?
—Bien, señor Wells. ¿Y usted...? —preguntó a su vez el jefe de policía, estrechando la diestra del director del Barco.
—Preocupado, comisario. Muy preocupado.
—¿Por qué motivo?
—Si le digo quién ha venido a verme, no me va a creer.
Lynn Holbrook tuvo una corazonada.
—¿Darío Sukman, por casualidad...?
Humphrey parpadeó.
—¿Cómo lo ha adivinado, comisario?
—Sé que está en Mariner City, y sospechaba que el Banco Espacial de Zoro tenía algo que ver en su llegada.
—Y lo tiene, efectivamente —confirmó Humphrey Wells, quien seguidamente refirió al comisario jefe la conversación que mantuviera con el Burlador de

la
Galaxia.

Lynn Holbrook se mostró tan preocupado como el director del Banco.

—Habrá que extremar las precauciones, señor Wells.

—¿Cree usted que es cierto eso de que una banda de atracadores va a asaltar el Banco, esta tarde?

—No sé qué decirle, señor Wells. Pero una cosa sí es segura. Algo va a pasar esta tarde aquí. De lo contrario, Darío Sukman no habría venido. Si no asaltan el Banco los atracadores, lo asaltará él.

Humphrey respingó.

—¿Le cree usted capaz de eso, comisario...?

—Sí, muy capaz. Después devolvería el oro, porqué Darío Sukman es muchas cosas, pero no un ladrón. Al menos, por lo que se entiende como tal. Cuando Sukman roba algo, no lo hace con el propósito de beneficiarse de ello. En este caso concreto, si Sukman decide llevarse unos cuantos lingotes de oro, lo hará para ponernos en evidencia a todos, para humillarnos.

—Suponiendo que lo lograse.

—Darío Sukman es astuto como un zorro, señor Wells. Tiene, además, la facultad de aparecer y desaparecer sin que nadie se explique cómo. A usted ya le hizo una demostración. ¿Cómo llegó hasta su despacho? ¿Cómo salió del Banco?

—Es todo un misterio, sí —suspiró Humphrey.

—Haré venir aquí a la mayoría de mis hombres y los meteré en la caja fuerte. Así, teniendo el oro delante de sus narices, será más difícil que alguien pueda llevárselo, aunque tenga poder para convertirse en un ser invisible.

—Excelente idea —aprobó Humphrey Wells.

*
*
*

Mandy Wells se estaba bañando en la piscina.

Una piscina amplia y hermosa, como toda la casa.

La temperatura era muy agradable, y Mandy había sentido el deseo de nadar un rato, antes de almorzar.

Con la preciosa cabellera rubio platino oculta bajo un gorro de baño, y luciendo un diminuto bikini dorado, la muchacha surcaba el agua una y otra vez, sin prisa y con gran estilo.

Mandy Wells nadó unos minutos más y luego se aproximó a la escalerilla metálica, para salir de la piscina.

Fue entonces, cuando ya estaba subiendo la escalerilla, cuando sus ojos descubrieron al tipo que se hallaba tumbado en una de las sillas extensibles del jardín, a sólo unos metros

de la piscina.

La joven se quedó parada, a causa de la sorpresa.

—¿Quién diablos es usted? —exclamó.

—Un amigo —respondió Darío Sukman, con una agradable sonrisa.

—No será mío.

—No, todavía no. Pero espero serlo muy pronto, Mandy.

—¿Me conoce?

—Claro.

Mandy Wells acabó de subir la escalerilla y salió de la piscina, con el ceño fruncido. Se despojó del gorro de baño, con cierta brusquedad, y su plateada cabellera cayó sobre sus hombros desnudos y mojados como una cascada.

Las gotas de agua se deslizaban por los bellos y altivos senos de la muchacha, apenas cubiertos por la pieza superior del exiguo bikini, así como por sus caderas, de suave y armoniosa curva, por su vientre, maravillosamente liso, y por sus largas piernas, de muslos esbeltos y torneados.

Los ojos de Darío Sukman recorrieron la hermosa anatomía de la hija del director del Banco Espacial de Zoro.

—Me gusta todo lo que veo. Y lo veo casi todo...

Mandy soltó un gruñido y atrapó una corta bata de baño, la cual se colocó con rapidez. Mientras se ataba el cinturón, preguntó:

—¿Cómo demonios llegó hasta aquí?

—La doncella me indicó el camino.

—¿Yeda...?

—¿Se llama así?

—Sí, ése es su nombre.

—Bueno, pues Yeda me dijo que usted se encontraba aquí, en el jardín, bañándose en la piscina.

—No me explico cómo le dejó pasar.

—Le dije que deseaba hablar con usted.

—¿Qué es lo que quiere?

—Prevenirla.

—¿Prevenirme de qué?

—Unos tipos quieren secuestrarla.

La joven dio un respingo.

—¿Ha dicho secuestrarme...?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Me enteré por casualidad.

Mandy le apuntó con su precioso dedito.

—Si se trata de una broma...

—No, la cosa va en serio, le doy mi palabra. Los tipos pretenden asaltar el Banco Espacial, ¿sabe?

Mandy respingó de nuevo.

—¿Asaltar el Banco Espacial...?

—Sí, quieren llevarse todos los lingotes de oro que hay en la caja fuerte.

—¡Eso no es posible! ¡Nadie podría conseguirlo!

—Los tipos lo conseguirán. Y toda la culpa la tendrá su padre.

—¿Mi padre?

—Sí, Mandy. Estuve hace un rato en el Banco y le ofrecí mis servicios. Sólo yo puedo evitar que los atracadores logren su propósito. Pero su padre me resultó un tacaño, y no quiso pagarme lo que le pedí por impedir el atraco.

—¿Qué le pidió usted?

—Muy poca cosa. Sólo un par de lingotes de oro.

—¡Muy poca cosa, dice! —exclamó la muchacha, abriendo mucho los ojos.

—¿Qué son un par de lingotes, para un Banco que tiene miles en su caja fuerte?

—No importa los que tenga. Su petición es un disparate.

—Yo no lo creo así. Y su padre lamentará haber rechazado mi proposición, ya lo verá.

—Nadie robará el Banco Espacial. Está dotado de los más modernos medios de seguridad. Es imposible atracarlo.

' —Le repito que los tipos lo conseguirán, Mandy. ¿Y sabe por qué?

—No.

—Porque la tendrán a usted en su poder, y amenazarán a su padre con matarla, muy lenta y dolorosamente, si no hace lo que ellos le ordenen.

Mandy Wells sintió que se le erizaba la piel.

—Por eso quieren

secuestrarme,
¿eh?
—
Sí.
—
Voy
a
llamar
a la
policía.
—
Demasiado
tarde.

La joven sintió frío en la espalda.
—¿Por qué es demasiado tarde?
—Los tipos ya están en la casa, Mandy.
—¡Oh, no!
—Sí, no tardarán en aparecer.
Mandy Wells, aterrorizada, miró la puerta del jardín.
Apenas un par de segundos después, cuatro hombres se dejaban ver, esgrimiendo pistolas de rayos paralizantes.
Corrieron hacia la muchacha.
Mandy se volvió hacia el hombre que la había advertido de su secuestro.
—¡Ayúdeme, por...!
La joven no acabó la frase, al descubrir que le estaba pidiendo ayuda al aire. Al aire, sí, porque Darío Sukman ya no se encontraba sobre la silla extensible. Había desaparecido.

CAPITULO V

Mandy Wells, estupefacta, buscó con la mirada a Darío Sukman, por todo el jardín, pero no lo vio por ninguna parte.

—¿Dónde se ha metido...? ¿Por qué me ha dejado sola...? ¡Es usted un cobarde! ¡Un gallina!

La joven hubiera seguido insultando de buena gana a Darío Sukman, pero no pudo hacerlo, porque los hombres que querían secuestrarla ya estaban muy cerca.

Mandy decidió ponerles las cosas difíciles.

No se dejaría atrapar sin antes darles un poco de guerra. Toda la que pudiera.

Por de pronto, corrió hacia la piscina.

Uno de los individuos, adivinando que la muchacha iba a arrojarse de cabeza al agua, le apuntó con su pistola de rayos paralizantes y efectuó un disparo.

Justo en el instante en que accionaba el gatillo, el tipo que estaba a su derecha le propinó un golpe en el antebrazo y le hizo fallar.

—¡No seas estúpido, Harald!

—¡Maldita sea, Boris! ¡Por tu culpa he errado el disparo!

—¡No debemos paralizar a la muchacha, porque no podría hablar hasta que se le pasasen los efectos, y eso no nos conviene, cabeza de melón!

—¡Cabeza de

melón lo será
tu padre!
—¡Basta, no es momento para discutir! —
intervino otro de los individuos.
—¡Jorg tiene razón! —dijo el cuarto sujeto—. ¡Y Boris también la tiene, Harald! ¡La muchacha tiene que hablar con su padre, y no podrá hacerlo si la paralizamos!
—¿Estás oyendo a Petar, Harald? —masculló Boris—. ¡Tenemos que atrapar a la chica
sin hacer uso de nuestras
armas! ¡Con nuestras manos!
—
¡Exacto!
—
dijo
Jorg.
—¡De acuerdo, vamos por
ella! —barbotó Harald.
—¡Rodeemos la
piscina! —indicó
Petar.
Los cuatro hombres se situaron estratégicamente en torno a la hermosa piscina, en cuyo centro se sostenía a flote Mandy Wells, con la bata de baño puesta, pues no había tenido tiempo de despojarse de ella antes de arrojarse al agua.
—¡Sal de ahí,
preciosa! —
ordenó Petar.
—¡Ni
hablar!
—se
negó
Mandy.
—¡No vamos a hacerte
ningún daño! —dijo Boris.
—
¡Quieren

secuestrarme!
—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Jorg.
—¡El tipo que vino a verme!
Los secuestradores se miraron entre sí, sorprendidos. Harald preguntó:
—¿De qué tipo hablas, encanto?
—¡Del que estaba tumbado en la silla extensible, cuando ustedes aparecieron!
—¡No había nadie! —dijo Boris.

—¡Claro que había alguien! ¡Pero huyó como un conejo en cuanto los vio surgir a ustedes! ¡Ese tipo tiene menos de hombre que yo, y yo no tengo nada!

Los secuestradores volvieron a mirarse.

—Yo creo que está un poco loca —opinó Harald.

—¡Estoy más cuerda que usted, cara de maceta! —dijo Mandy. Al tipo le sentó muy mal el insulto.

—Conque cara de maceta, ¿eh? —masculló, con gesto amenazante.

—¡Sí, sólo le falta que le salga un geranio por la nariz!

Las palabras de Mandy hicieron reír a Petar, Boris y Jorg, lo cual enfureció aún más a Harald.

—¡Yo la sacaré de ahí! —rugió, y se lanzó al agua.

Mandy dejó que el tipo se acercara, y cuando ya estaba a sólo un par de brazadas, se zambulló con rapidez.

Harald se sumergió también y la persiguió por debajo del agua, pero Mandy buceaba mucho mejor que él, y no se dejó atrapar.

Boris, Petar y Jorg reían con ganas al ver que todos los esfuerzos de su compañero por atrapar a la muchacha resultaban infructuosos.

—¡No puede cogerla!

—

¡Se
está
burlando
de
él!
—¡Es
mejor
nadadora
que
Harald!
Este, convencido ya de que era inútil perseguir a Mandy, emergió y resopló como un buey.
—¿Por qué no me echáis una mano, en
vez de mondaros de risa? Petar asintió
con la cabeza.
—Tienes razón, Harald. Entre los cuatro la atraparemos en seguida. ¡Vamos por ella, muchachos!
Petar se lanzó de cabeza a la piscina, siendo imitado
al instante por Boris y Jorg.
Mandy Wells, al verse rodeada, y que el cerco se estrechaba cada vez más, volvió a sumergirse de nuevo, confiando en poder romperlo por debajo del agua y alcanzar el muro de la piscina, lo que le permitiría salir de ella.
Casi lo logró, pero, en el último instante, cuando ya se
disponía a saltar fuera de la piscina, las manos de Boris
aferraron sus tobillos.
—¡Se
acabó el
juego,
muñeca!
—¡Suélteme, orangután! —gritó Mandy, agitando
furiosamente las piernas.
—¡Ayudadme a sujetarla,
muchachos! —pidió Boris.
Petar, Jorg y Harald ya
nadaban hacia allí.
Mandy, viéndose perdida, se revolvió y le atizó un

puñetazo en todo el ojo a Boris.
El tipo aulló y soltó los tobillos de la muchacha.
Mandy se aupó con rapidez y salió de la piscina, pero antes de que pudiera ponerse en pie y echar a correr, Petar le agarró el brazo izquierdo y Jorg le aferró la pierna de ese mismo lado.
Por si fuera poco, Harald la agarró por la cintura.
—¡Malditos...! —rugió Mandy, y le mordió la mano a Petar,
Este gritó y le soltó el brazo, pero cuando ya Harald y Jorg tiraban con fuerza de la

muchacha.
Mandy cayó de nuevo a la piscina, y allí se vio fuertemente sujetada por Harald y Jorg.
La valerosa joven aún tuvo arrestos para colocar su rodilla derecha entre los muslos de
Harald, justo donde más duele.
Y a Harald le dolió muchísimo, a juzgar por el bramido que lanzó.
El tipo soltó a Mandy, claro, pero Boris y Petar cayeron sobre ella y la sujetaron, antes de que la brava muchacha se deshiciese también de Jorg.
Mandy Wells ya no pudo hacer más.
Los secuestradores le habían inmovilizado brazos y piernas, y se mantenían fuera del alcance de sus dientes.
Ahora sí que estaba perdida de verdad.
Los secuestradores
habían logrado su
propósito. El de
secuestrarla, al menos.
¿Lograrían también el otro...?
¿Conseguirían los miles de lingotes de oro que se apilaban en la caja fuerte del Banco
Espacial de Zoro...?
Mandy Wells empezaba a temer que sí, pues sabía positivamente que su padre haría lo que fuera con tal de evitar que ella fuese torturada y asesinada por los secuestradores.
La quería demasiado, y no permitiría que sufriese daño alguno.

CAPITULO VI

La voz de Helena, la secretaria de Humphrey Wells, interrumpió los pensamientos del director del Banco Espacial de Zoro, al brotar por el intercomunicador:

—¿Señor Wells...?

—¿Sí, Helena?

—Tiene una llamada.

—¿Quién es?

—Su hija.

—Pásemela, Helena —rogó Humphrey, encendiendo ya la pantalla de su videófono. El rostro de Mandy apareció en ella casi en seguida.

Por su expresión, sumamente rara, Humphrey Wells adivinó que algo malo sucedía.

—¿Qué te ocurre, Mandy...?

—Me han secuestrado,

papá.

Humphrey estuvo a punto de saltar de su sillón.

—¿Que te han qué...?

La imagen de Mandy desapareció de la pantalla y en ésta surgió el rostro de un tipo al que alguien le había puesto un ojo negro de un puñetazo, y de eso no hacía mucho.

Era Boris, naturalmente. Y el ojo que llevaba de luto, el izquierdo. . El sopapo de Mandy fue tremendo. Parecía mentira que se lo hubiese dado una mujer.

—Escuche con atención, señor Wells —mascculló Boris, que estaba de un humor de perros, por lo del ojo.

—¿Quién es usted?

—Uno de los secuestradores de su hija.

—¿Por qué la han raptado? ¿Qué es lo que quieren?

—Los lingotes de oro que almacena el Banco Espacial en su caja fuerte. Humphrey Wells palideció.

—No sabe usted

lo que dice —murmuró.
—Se equivoca, señor Wells. Sé perfectamente lo que me digo. Vamos a apoderarnos de todo el oro que hay en su Banco, y usted nos ayudará a conseguirlo, o no volverá a ver a su preciosa hija. La mataremos. Y tendrá una muerte lenta, llena de horror y de sufrimientos.
—¡No! —gritó Humphrey, sintiendo que la sangre se le helaba en las venas.
—De usted depende, señor Wells. Si sigue nuestras instrucciones, le devolveremos a su hija sana y salva. Si no, nos ensañaremos con ella y luego pondremos fin a su vida.
—No, por Dios... —suplicó Humphrey, con lágrimas en los ojos—. Haré lo que me digan, pero no le hagan ningún daño a Mandy.

*

*

*

El comisario jefe Holbrook, después de instalar en la gran caja fuerte del Banco Espacial de Zoro a media docena de sus hombres, armados hasta los dientes, regresó al despacho de Humphrey Wells.

—Ya está, señor Wells. Mis hombres tienen los lingotes de oro delante de sus narices. Si uno solo de los lingotes se mueve, ellos se darán cuenta y me avisarán inmediatamente. El director del Banco Espacial forzó una sonrisa.

—Se lo agradezco mucho, comisario, pero tengo que darle una grata noticia.

—¿Qué noticia?

—Sus preocupaciones y las mías han terminado, porque acabo de recibir una llamada de la Tierra. Me han ordenado trasladar todo el oro al Gran Banco Terrestre.

Lynn Holbrook no supo disimular su sorpresa.

—¿Es eso cierto, señor Wells...?

—Sí, lo es. Y el traslado debe efectuarse inmediatamente.

—Qué casualidad, ¿no?

—Una maravillosa casualidad, comisario —sonrió Humphrey—. Si es verdad que el Banco va a ser asaltado esta tarde, los atracadores se llevarán un buen chasco, pues no quedará un solo lingote de oro en la caja fuerte.

—Evidentemente, es una buena noticia. De todos modos,

mientras el oro continúe en el Banco, debemos seguir alerta.

—La astronave que debe trasladarlo a la Tierra ya está dispuesta, comisario —informó Humphrey—. Empezaremos a cargarlo en seguida.

—Sí. Cuanto antes, mejor —respondió Holbrook.

*
*
*

El oro fue cargado con rapidez en la astronave de los atracadores, quienes, disfrazados de oficiales de seguridad, vigilaban la operación.

Cuando el último lingote estuvo a bordo, la astronave partió de Mariner City y abandonó Zoro, llevando como rehén a Mandy Wells.

Humphrey Wells había pedido a los secuestradores que dejaran en libertad a su hija antes de que su astronave partiera, pero éstos, lógicamente, se negaron, explicando que no podían liberarla hasta que se hallasen lo suficientemente lejos de Zoro, y el director del Banco Espacial no tuvo más remedio que ceder.

El comisario jefe Holbrook y sus hombres regresaron a la comisaría, en cuya azotea continuaba posada la nave de Darío Sukman, permanentemente vigilada por Dimitri Tarakanov, Jochen Kargus y los otros cuatro policías.

Humphrey Wells seguía en su despacho, sumido en la más absoluta desesperación, pues no se fiaba demasiado de la palabra de los atracadores.

Tal vez liberasen a Mandy, cuando se considerasen a salvo, pero él tenía sus dudas al respecto.

De tipos como aquéllos, sin la menor clase de escrúpulos, podía esperarse cualquier cosa.

Mandy era una muchacha joven y bonita, con un cuerpo maravilloso.

¿Abusarían los atracadores de ella...?
¿La violarían una y otra vez, antes de soltarla...?
¿La matarían, después de ultrajarla, para evitarse complicaciones...?
Estas, y otras muchas preguntas, se hacía Humphrey Wells, cada vez más arrepentido de haber rechazado los servicios de Darío Sukman.
Al fin y al cabo, el Burlador de la Galaxia sólo pedía un par de lingotes de oro. Y, por no dárselos, los atracadores se los habían llevado todos.
Y a Mandy como rehén, que aún era peor.
—¡Oh, Dios, qué estúpido fui! —se lamentó Humphrey, cubriéndose el rostro con las manos, en el límite ya de su desesperación.
De pronto, una voz que el director del Banco Espacial reconoció al instante, dijo:
—Arrepentido, ¿verdad, señor Wells?
Humphrey retiró inmediatamente las manos de su cara y miró a Darío Sukman. El Burlador de la Galaxia ocupaba el mismo sillón de antes.
Había vuelto a aparecer tan misteriosamente como la otra vez.
Humphrey Wells, asombrado, preguntó:
—¿Cómo lo consigue?
—¿El qué?
—Aparecer así, de repente, y luego esfumarse sin que nadie le vea. Darío Sukman sonrió.
—Secreto profesional, señor Wells.
—¿Puede usted convertirse en un ser invisible, Sukman?
—Desde luego que no.
—¿Entonces...?
—No insista, señor Wells. No puedo decírselo. Humphrey

suspiró.

—Tenía usted razón, Sukman. El Banco ha sido atracado.

—Lo sé.

—Y los atracadores tienen a mi hija en su poder.

—También lo sé. Yo estaba con ella, cuando los tipos irrumpieron en el jardín. Humphrey respingó.

—¿Que estaba usted con Mandy...?

—Sí, fui a verla a su casa.

—¿Y no hizo nada por evitar el secuestro?

—No, no hice nada.

—Muchas gracias, Sukman.

—No me culpe a mí de lo que sucedió, señor Wells. Usted es el único culpable. Le previne de lo que iba a ocurrir, pero no me hizo usted ningún caso. Rechazó mi ayuda.

—¿Por qué no me dijo que Mandy iba a ser secuestrada?

—¿Para qué? Tampoco me hubiera creído.

—Tal vez no, pero debió usted informarme, Sukman.

—Le informé del asalto al Banco, y no sirvió de nada.

—Sí, tiene razón —reconoció Humphrey—. Debí aceptar su ayuda.

—Aún está a tiempo.

—¿De veras? —la esperanza se reflejó en el rostro del director del Banco Espacial.

—Puedo recuperar el oro y liberar a su hija, señor Wells.

Humphrey se puso en pie, presa de una emoción incontenible, que hizo que sus ojos se empañaran.

—¿Habla en serio, Sukman?

—Naturalmente. Sé adónde se dirigen los atracadores, lo que piensan hacer con los lingotes de oro, y lo que piensan hacer con Mandy.

Humphrey sintió un pinchazo en el corazón.

—No tienen intención de liberarla, ¿verdad?

—No, señor Wells. Piensan divertirse con ella, y después...

Humphrey salió de detrás de su mesa y se acercó a Darío Sukman, cuyo brazo aferró nerviosamente.

—Impídalo, Sukman, por el amor de Dios —suplicó.

—Lo impediré, tranquilícese. Pero le costará diez lingotes de oro. Humphrey Wells no pudo reprimir una exclamación.

—¿Diez...?

—Sí; ése es mi precio, señor Wells.

—La otra vez

sólo me pidió dos.

—Es que era mucho más sencillo impedir el asalto ál Banco que recuperar el oro y liberar a su hija.

Humphrey suspiró.

—De acuerdo, Sukman. Tendrá sus diez lingotes de oro. El Burlador de la Galaxia se puso en pie.

—Celebro que hayamos llegado a entendernos, señor Wells. Y no se preocupe si tarda un poco en tener noticias mías. Su hija estará bien, se lo garantizo. En cuanto al oro, no debe preocuparse tampoco. Volverá a la caja fuerte de su Banco, le doy mi palabra.

—Confío en usted, Sukman.

—Puede confiar, se lo aseguro. Adiós, señor Wells.

—¿Por dónde se marcha?

—Por la puerta, naturalmente.

—¿Entró por ella?

—

Claro.
—Mi secretaria
le dejó pasar,
¿verdad?
—
Exacto.
—Es usted un
maldito embustero,
Sukman. El
Burlador de la
Galaxia rió.
—
Hasta
pronto,
señor
Wells.
—Adiós, hombre que se
convierte en humo.
Darío Sukman volvió a
reír y salió del
despacho.
Humphrey Wells corrió hacia la
puerta y abrió con rapidez.
En la oficina instalada en la antesala de su despacho. sólo
estaba Helena, su secretaria, trabajando en su mesa.
De
Darío
Sukman,
ni
rastro.
—
Helena...

La secretaria interrumpió su trabajo y volvió la cabeza.
—¿Sí, señor Wells...?
—¿Tampoco lo ha visto esta vez?
—
¿A
quién,
señor
Wells?
Humphrey
sonrió.
—A nadie. Olvídelo —dijo, y cerró la puerta de su despacho.

CAPITULO VII

Hacía ya varias horas que la astronave de los atracadores había partido de Mariner City, y Zoro quedaba muy lejos.

Los atracadores, que no eran cuatro, sino seis —los dos que no tomaron parte en el secuestro de Mandy Wells se llamaban Udo e Ivica—, se hallaban la mar de contentos por el éxito obtenido.

Tan alegres estaban, que Boris ni se acordaba de que tenía un ojo a la funerala, Petar de que tenía un mordisco en la mano, y Harald de que tenía los genitales hinchados, como consecuencia del certero rodillazo que le atizara Mandy en la piscina.

Sólo pensaban en que eran ricos.

Sin duda los hombres más ricos de toda la galaxia. Habían dado el mayor golpe de la historia.

Y de la forma más sencilla.

Lógico, pues, que su alegría fuera desbordante y estuviesen brindando por el rotundo éxito del plan ideado por ellos.

De haber sabido que Darío Sukman, *el Burlador de la Galaxia*, los seguía con su nave, no estarían tan contentos.

A Darío le había sido sumamente sencillo recuperar su nave.

Le bastó con aparecer de pronto en la cabina de mandos, poner los motores en funcionamiento, y accionar el mando de despegue vertical.

Cuando los policías que vigilaban la nave en la azotea acertaron a reaccionar, Darío Sukman ya casi se había perdido de vista con su nave.

Dimitri Tarakanov y Jochen Kargus subieron rápidamente a su nave patrulla y se lanzaron en persecución de Sukman, al tiempo que informaban al comisario jefe Holbrook de lo que había pasado.

Lynn Holbrook maldijo a viva voz y juró que los desollaría vivos a los dos si perdían de vista la nave de Darío Sukman.

La amenaza no sirvió de mucho, ya que, a pesar de sus esfuerzos, Dimitri Tarakanov y Jochen Kargus no pudieron dar alcance a la nave de Darío Sukman, viéndose obligados a abandonar la persecución.

El comisario Holbrook se tiró del pelo, de pura rabia.

Para colmo, poco después se recibía en la comisaría una llamada de Yeda, la doncella de los Wells, quien informó a Holbrook de que cuatro individuos irrumpieron en la casa, la dejaron paralizada de un disparo, después de obligarla a decirles dónde se encontraba Mandy, y luego secuestraron a ésta.

El comisario Holbrook, a su vez, informó a Humphrey Wells, y éste no tuvo más remedio que contarle toda la verdad.

Holbrook se quedó de hielo.

—Debió usted confiar en mí, señor Wells.

—No podía, comisario. La vida de mi hija estaba en juego.

—Esperemos que Darío Sukman la rescate y recupere el oro.

—Es el único que puede

hacerlo.

—Sí, yo también pienso así. Le tengo manía a ese condenado de Sukman, pero reconozco que es capaz de realizar las cosas más increíbles.

—Confiemos en él, comisario.

—Confiemos, señor Wells —suspiró Holbrook.

*

*

*

Mandy Wells permanecía encerrada en uno de los camarotes de la astronave de los atracadores, con las manos atadas a la espalda. Continuaba con la misma indumentaria que llevaba cuando fue secuestrada, es decir, el minúsculo bikini dorado y la corta bata de baño sobre él, lo cual la obligaba a exhibir casi totalmente sus preciosas piernas. Sentada en la litera, la joven pugnaba por aflojar la cuerda que sujetaba sus manos, pero sin ningún resultado positivo. Lo único que conseguía era lastimarse las muñecas.

Sin embargo, Mandy soportaba el dolor y seguía forcejeando, porque tampoco ella se fiaba un pelo de los hombres que la tenían en su poder.

Sospechaba que deseaban abusar de ella, y no estaba dispuesta a permitirlo. Sin lucha, al menos.

Pensaba darles más guerra que en la piscina.

Pero, para ello, era necesario tener las manos libres.

Así podría utilizar sus uñas. Arañar caras.

Sacar ojos.

También haría uso de sus dientes.

Mordería cuellos.

Mordería orejas.

Mordería tabiques nasales...

Todo lo que se pusiera a su alcance.
No, no les sería
fácil a los tipos
violarla. Más de
uno lamentaría
haberlo intentado.
Pero la maldita
cuerda...
Seguía sin ceder.
Mandy cerró los ojos, apretó los dientes, y redobló sus esfuerzos por aflojar la cuerda, lo cual la obligó a emitir varios gemidos de dolor.
De pronto, alguien preguntó:
—¿Te ayudo, Mandy?
La muchacha dio un respingo y abrió los ojos de golpe, porque había reconocido aquella voz.
—¡Usted! —exclamó.
—Sí, soy yo —sonrió Darío Sukman, situado junto a la puerta del camarote.
—¡El cobarde!
—¿Cómo?
—¡El gallina!
—¿Por qué me llamas todo eso?
—¡Me dejó sola en el jardín, a merced de los secuestradores!

—Lo siento, pero ya te expliqué que tu padre se negó a contratarme para impedir el atraco al Banco.
—¿Y qué? ¿Es que usted no ayuda a la gente si antes no le pagan por ello?
—Sí, a veces lo hago.
—¿Y por qué no me ayudó a mí?
—Si hubiera impedido tu secuestro, habría desbaratado el plan de los atracadores.
—Y no quiso hacerlo, ¿eh?
—No, no quise. Tu padre se rió de mí, dijo que todo era un cuento chino. No se portó bien conmigo, Mandy.
—Si no le hubiera pedido un par de lingotes de oro... —Después del atraco, le pedí diez.
—¿Qué?
—Diez lingotes de oro.
—¿A mi padre...?
—Sí. Y él aceptó. Me los entregará cuando recupere el oro y te devuelva a ti sana y salva.
Los ojos de Mandy Wells brillaron.
—¿Va a rescatarme?
—Sí.
—¿Cuándo?
—En cuanto me sea posible.
—¿Cómo consiguió colarse usted en la astronave de los atracadores?
—Eso no importa ahora.
—Es usted un tipo muy extraño.
—¿Tú crees?
—¿Cómo se llama?
—Darío.
—Ese nombre me suena de algo...
—Seguro que mi apellido aún te suena más.
—¿Cuál es?
—Sukman.
Mandy Wells respingó cómicamente.
—¡Sukman...! ¡Darío Sukman...!

-Sí.
—¡El Burlador de la Galaxia!
—Así me llaman.
—¡Ahora me explico muchas cosas!
—¿Como por ejemplo...?
—¡Sus apariciones y sus desapariciones! ¡Dicen que es usted un brujo!
—Totalmente falso.
—¿No lo es?
—Te aseguro que no.
—¿Y cómo se las arregla para...?
—Es un secreto.
—¿No quiere decírmelo?

—No puedo, lo siento.

—Le prometo que no se lo revelaré a nadie. Ni siquiera a mi padre.

—No Insistas, Mandy.

—Está bien, no me lo diga. Por favor, desáteme —pidió la joven, ofreciéndole las manos.

—Será mejor que no lo haga.

—¿Por qué?

—Si viene alguno de los atracadores, y te ve con las manos sueltas, puede sospechar que has recibido ayuda de alguien.

—Le diré que me he desatado yo, no se preocupe. —No te creerá.

—¿Tan enclenque le parezco?

—Te ataron a conciencia, y tú lo sabes.

—Por favor, se lo suplico. Quiero tener las manos libres, pues si viene alguno de los atracadores no será para

saludarme, precisamente. ¡Intentará abusar de mí! —No temas, Mandy. Estaré yo aquí para defenderte.

—También estaba en el jardín de mi casa, y no movió un solo dedo por mi.

—Ya te expliqué por qué: Ahora es diferente. Tu padre me contrató para protegerte y lo voy a hacer lo mejor que sepa.

La muchacha iba a insistir, cuando, de repente, Darío Sukman corrió hacia el baño y se ocultó en él.

—¿Por qué hace eso...? —preguntó Mandy, perpleja.

La respuesta no se la dio el Burlador de la Galaxia, sino la puerta del camarote, que se abrió, dando paso a Petar, el del mordisco en la mano.

CAPITULO
VIII

Los atracadores lo habían echado a suertes, y
Petar había sido el ganador. El sería el primero
en poseer a Mandy Wells.
A eso había ido al
camarote de la
muchacha. Mandy lo
adivinó en cuanto lo
miró a los ojos.
Los de Petar brillaban de pasión, de deseo, de lujuria,
revelando claramente sus intenciones.
Mandy, pese a saber que Darío Sukman se hallaba en el
baño, presto a salir en su defensa, se asustó.
—¿Qué es lo que quiere? —preguntó,
mirando al tipo con temor. Petar sonrió.
—Me mordiste la mano en la piscina, ¿recuerdas?
.—Si no me hubiera agarrado el brazo, no le habría mordido.
—Yo también sé morder, preciosa.
—No me extraña, con esa cara de perro que tiene.
Las pupilas del atracador despidieron un peligroso centelleo.
—¿No te gusto, muñeca?
—Ni pizca.
—Pues lo siento por ti, porque, te guste o no, vas a ser mía.
—Que se cree usted eso.
—¿Quién me lo va a impedir?
—Un amigo mío.
—¿De veras?
—Sí.
—¿Y dónde está ese amigó tuyo, que no lo veo?
—En el baño, dándose una ducha.
—Un tipo curioso, ¿eh?
—Sí, mucho. Debería usted aprender de él. Huele bastante
mal, ¿sabe?
—¿Lo dices para que no me acerque a ti?

—Si lo intenta, mi amigo le quitará el mal olor a puñetazos.
—Bueno, será cuestión de ir a saludarle —sonrió irónicamente el atracador.
—Vaya, vaya —le animó Mandy, creyendo que Darío Sukman le atizaría duro en cuanto abriese la puerta del baño.
Sin embargo, Petar abrió la puerta y no pasó nada.
—Qué lástima, tu amigo se ha largado —dijo, burlón.
Mandy tuvo un fallo cardíaco.
—¿Que se ha largado...?
—Sí, eso parece. El baño está vacío.
—¡No puede ser! ¡Entre y búsquelo bien!
—No es necesario, no hay ningún sitio donde esconderse —repuso el atracador, y echó a andar lentamente hacia la litera.
Mandy Wells se arrugó en ella.
¡Era cierto!

¡Darío Sukman se había esfumado, como ya hiciera en el jardín de su casa!
¡Había vuelto a dejarla en la estacada!
¡A merced totalmente de Petar!
¡Y Petar quería hacerla suya!
Mandy sintió deseos de llorar.
Con las manos atadas a la espalda, nada podía hacer por impedir que el tipo abusara de ella.
Petar, ya junto a la litera, acercó su mano derecha a los muslos desnudos de Mandy. La muchacha gritó y encogió las piernas todo lo que pudo.
—¡No me toque, so cerdo!
Petar rió con fuerza.
—Voy a hacer algo más que tocarte, encanto. Te voy a besar, te voy a morder, te voy a poseer...
—¡No, no, no! —chilló Mandy, desesperada, y trató de saltar de la litera.
No pudo, porque Petar se lanzó sobre ella y la sujetó por los hombros. Comenzó a besarla.
En la boca, en el cuello, por la entreabierta bata de baño, que dejaba asomar sus senos, escasamente cubiertos por la

pieza superior del bikini.
Mandy se debatió furiosamente, sin dejar de chillar y de patalear.
—¡Puerco! ¡Miserable! ¡Canalla!
Petar no hizo caso a los insultos y siguió besándola con avidez. Por eso no vio que alguien salía del baño.
Darío Sukman, naturalmente.
El Burlador de la Galaxia se acercó silenciosamente a la litera y descargó un tremendo golpe en la nuca de Petar, con el filo de la mano.
El atracador tuvo suficiente con aquella especie de hachazo, y quedó como muerto sobre el cuerpo de Mandy Wells.
Darío Sukman lo agarró y lo dejó caer al suelo, sin ningún miramiento. Mandy lo miró furiosamente.
—¿Dónde diablos estaba, Sukman?
—En el baño.
—¡El tipo miró y no estaba!
—Debe ser un poco corto de vista.
—¡Un poco corto de cuernos!
—Cálmate, Mandy.
—¡Se había esfumado usted, confiéselo!
—Aparecí en el momento oportuno, ¿no?
—¡Apareció tarde!
—Lo siento, no pude actuar antes.
—¡Excusas! ¡Quería usted hacerme pasar un mal rato, y me lo ha hecho pasar!
—¿Cómo puedes pensar eso?
—¿Por qué no se quedó en el baño y le atizó al tipo cuando él abrió la puerta?
—Me hubiera visto, y eso no me convenía. Los atracadores no deben saber que ando metido en esto, porque entonces me sería mucho más difícil recuperar el oro.

—¡El tipo me llenó de babas!
—Podrás ducharte en
mi nave, no te
preocupes. Mandy
parpadeó.
—¿En su nave...?
—Sí, eso he dicho.
—¿Cuándo?
—Dentro de unos minutos.
El rostro de la muchacha resplandeció.
—¿Va a llevarme con usted, Darío?
—Sí, no tengo más remedio. Había planeado llevarte más tarde, pero no puedo dejarte aquí, después de lo ocurrido.
—¡No sabe cuánto se lo agradezco!
—Ya lo veremos cuando llegue el momento.
—Oiga, ¿en qué está pensando?
—En nada.
—Yo soy una chica decente, Darío.
—¿Quién ha dicho lo contrario?
—Por si acaso.
—No seas tan mal pensada y deja que te desate.
—Ya era hora.
Sukman le soltó las manos.
—Te has lastimado las muñecas.
—No importa.
—Eres una chica valiente.
—
Desde
que
era
pequeñita.
Sukman
rió.
—Vamos, bájate dé la litera y -agárrate fuerte a mí. —¿Para qué?
—Vamos a trasladarnos a mi nave.
—¿Cómo?

—Cógete a mí y lo verás.
—¡Qué emocionante! —exclamó Mandy, entusiasmada, y se colgó literalmente del cuello de Darío Sukman.
El Burlador de la Galaxia rodeó la cintura de Mandy Wells con su brazo izquierdo y con la otra mano accionó uno de los extraños objetos que pendían de su cinto.
Una fracción de segundo después, en el camarote sólo estaba Petar, tirado en el suelo. Darío Sukman y Mandy Wells habían desaparecido.

CAPITULO IX

El traslado duró lo que un pestañeo.
Apenas nada.
Mandy Wells ni se enteró.
Estaba en el camarote de la astronave de los atracadores, agarrada al cuello de Darío Sukman, y ahora se encontraba en la cabina de mandos de otra nave. La del Burlador de la Galaxia, que viajaba con el piloto automático.
—¿Ya hemos llegado...? —preguntó la muchacha, sin soltarse del cuello de Sukman.
—Sí, estamos en mi nave —respondió él.
—Qué viaje tan rápido.
—A mí me gusta viajar así —sonrió Sukman.
—¿Es un invento suyo?
—¿El qué?
—El aparatito que le permite trasladarse de un lugar a otro en sólo unas décimas de segundo.
—Me viste accionarlo, ¿eh?
—Sí.
—No lo inventé yo, sino un buen amigo mío.
—Es sencillamente maravilloso. Con razón hay quien le cree un poco brujo.
—Espero que me guardes el secreto, Mandy.
—Le prometí que lo haría, ¿no?
—Sí, es verdad.
—Yo siempre cumplo mis promesas, Darío.
—Y yo siempre beso a las mujeres que se cuelgan de mi cuello.
—Será mejor que me aparte, pues —dijo Mandy, y se apartó.

—¿Me niegas un beso?

—Por ahora, sí.

—Desagradecida.

—No se enfade, Darío. Sólo quiero ducharme primero. Aquel tipo me ensució con su bocaza, maloliente y babosa. Por eso no quiero que me bese ahora.

Sukman sonrió.

—Te acompañaré al baño.

—Gracias.

Salieron de la cabina de mandos y Darío mostró a Mandy el único camarote que había a bordo.

—La puerta del fondo —indicó Sukman.

—Sólo tardaré unos minutos.

—Tómate todo el tiempo que quieras.

—Prométame una cosa, Darío.

—¿El qué?

—Que no aparecerá de pronto en el baño, cuando yo esté bajo la ducha. Sukman rió.

—Es toda una tentación, no creas.

—
¿La
vencerá?
—
Sí,
no
temas.
—A ver si es verdad —sonrió Mandy,
y se introdujo en el baño. Darío
regresó a la cabina de mandos y se
sentó en su sillón.

Pulsó un botón y una pantalla de televisión, de apenas doce pulgadas, se iluminó. Una astronave apareció en ella.

La de los atracadores del Banco Espacial de Zoro. Seguía su rumbo con normalidad.

¿Lo variarían, cuando Petar volviese en sí e informase a sus compañeros de la desaparición de Mandy Wells...?

Sukman esperaba que no.

Lo esperaba... y lo deseaba, porque un repentino cambio de planes de los atracadores dificultaría bastante la recuperación de los varios miles de lingotes de oro.

Habría que estar al tanto, aunque Petar aún tardaría por lo menos un par de horas en recobrar el conocimiento y dar cuenta a sus compañeros de lo que había sucedido.

Sin apartar los ojos de la pantalla, Darío Sukman tomó otro de los extraños objetos que llevaba al cinto y lo manipuló.

El aparatito también disponía de una diminuta pantalla de televisión, y en... ella apareció Mandy Wells, completamente desnuda.

La muchacha ya había empezado a ducharse.

Sukman se desentendió por el momento de la astronave de los atracadores y posó su mirada en la pantallita del objeto

que tenía en sus manos.
Tras contemplar durante casi un minuto el maravilloso cuerpo desnudo de Mandy Wells, sonrió ligeramente y murmuró:
—Sólo por una mujer como tú sería yo capaz de perder mi soltería...

*
*
*

Sin sospechar que estaba siendo observada por Darío Sukman, Mandy . Wells acabó de ducharse, se secó en la toalla que pendía del toallero, y volvió a ponerse el bikini dorado y la corta bata de baño.

Después, salió del baño, abandonó el camarote, y fue a reunirse con el Burlador de la Galaxia, en la cabina de mandos.

Para entonces, Sukman ya había devuelto al cinto el aparatito que le había permitido seguir las evoluciones de Mandy bajo la ducha, y en su rostro no existía la menor huella de excitación.

En realidad, Darío Sukman no se había sentido excitado en ningún momento, pues no había estado contemplando la desnudez de la muchacha con deseo, sino con admiración.

—Ya estoy limpia —dijo Mandy, y fue a sentarse en el sillón del copiloto. No llegó a hacerlo, porque Darío la cogió del brazo.

—¿No te olvidas de algo, Mandy?

—¿De qué?

—Me disponía a besarte, cuando mencionaste lo de la ducha.

—Sí, es verdad.

Sukman tiró con suavidad del brazo de la muchacha y la obligó a sentarse sobre sus rodillas, sin apartar sus ojos de los de ella.

—Ahora veremos lo agradecida que eres —dijo, y la besó en los labios.

Mandy no adoptó una actitud pasiva, sino que colaboró activamente en el beso, al tiempo que sus brazos cercaban el cuello del Burlador de la Galaxia.

Cuando separaron sus bocas, que fue casi tres minutos después, volvieron a mirarse a los ojos.

—¿He sido lo suficientemente agradecida, Darío? —Para empezar, no ha estado mal —
respondió Sukman, .sonriendo.

—¿Es que tengo que seguir mostrándole mi agradecimiento?

—Claro.

—Qué lata.

—¿Te disgusta tener que hacerlo?

—Un poco.

—Mentirosilla.

—No creerá que estoy loca por usted, ¿verdad? —Todavía no, pero llegarás a estarlo.

—¿Tan guapo se considera?

—No, pero sé que a ti te gusto.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Tus labios, hace un momento.

—No me toque las piernas.

—No te las estoy tocando, te las estoy acariciando. —¿Y no es lo mismo?

—No, hay una gran diferencia.

—Me parece que usted quiere aprovecharse, Darío. —Si de verdad piensas eso, dame una bofetada. —No puedo abofetear a mi salvador.

—Pero sí puedes besarle.

—Carota.

—Me gustas, Mandy.

—¿Hasta dónde piensa llegar conmigo?

—Hasta donde tú me dejes.
—Le voy a frenar muy pronto, no se haga ilusiones. —Bésame y calla.
—A la orden —sonrió Mandy, y unió su boca a la de Darío.

*
*
*

Petar volvió en sí mucho antes de lo que Darío Sukman suponía.
Al verse tendido de bruces en el suelo, rezongó una maldición y quiso ponerse en pie con brusquedad, pero sintió un terrible dolor en la nuca y eso le obligó a desistir, aparte de arrancarle un grito.
Petar permaneció inmóvil un par de minutos, que empleó preguntándose qué diablos le había sucedido.
¿Por qué estaba tirado en el suelo? ¿Por qué le dolía tanto la nuca? ¿Quién le había golpeado?

La chica no pudo ser, porque ella tenía las manos atadas.
¿Quién demonios, entonces...?
Dispuesto a averiguarlo, Petar trató nuevamente de incorporarse, pero con mucha lentitud esta vez, para que el dolor que sentía en la nuca no fuera tan agudo.
Consiguió ponerse de rodillas, y entonces descubrió que Mandy Wells no estaba en la litera. Como descubrió también el pedazo de cuerda con el que ataran a la muchacha, Petar pensó que fue ella quien le golpeó y lo dejó sin sentido.
—¡Maldita! —rugió, y se puso en pie, agarrándose la nuca con la mano. Salió del camarote y corrió hacia la cabina de mandos.
Allí, estaban Udo e Ivica, los dos atracadores que no intervinieron en el secuestro de Mandy.
—¿Qué te sucede, Petar...? —preguntó el primero.
—¿Te has cansado ya de estar con la chica? —inquirió el segundo. Petar soltó un taco y preguntó:
—¿Dónde están los otros?
—Se han retirado a descansar —respondió Udo.
—Como la chica te tocó a ti... —añadió Ivica, malicioso.
—¡Se ha escapado!,

—ladró Petar.

—¿Qué...?

—¿Cómo...?

—¡Que la chica se ha escapado! ¡Consiguió soltarse y me atizó duro en la nuca, dejándome sin sentido! ¡Cuando volví en mí, ya no estaba en el camarote!

—¡Hay que encontrarla! —exclamó Udo.

—¡Sí, despertemos a los demás! —sugirió Ivica.

Boris, Jorg y Harald fueron avisados por Petar, Udo e Ivica, y los seis se pusieron a buscar como locos a Mandy Wells.

Registraron la astronave varias veces, de arriba abajo, incluido el compartimento de carga, en donde se apilaban los lingotes de oro, relucientes y tentadores.

—¡No aparece por ninguna parte! —se desesperó Boris, tocándose el ojo negro.

—¡Se diría que se ha convertido en humo! —barbotó Harald.

—¡Nadie puede convertirse en humo! —masculló Jorg—. ¡Tiene que estar en alguna parte!

—¡Naturalmente! —dijo Udo—. ¡No ha podido abandonar la astronave!

—¡Lo hemos registrado todo, y no aparece! —recordó Ivica. Petar carraspeó y dijo:

—Sé que es una tontería, pero, cuando le dije a la chica que iba a hacerla mía, me respondió que no lo conseguiría,

porque un amigo suyo lo impediría.

Cinco pares de ojos se clavaron al instante en el rostro de Petar.

—¿Un amigo? —murmuró Boris.

—Sí.

—¿Qué amigo? —preguntó Harald.

—Uno que, según ella, se estaba dando una ducha en aquel momento, en el baño del camarote.

—¿Miraste el baño? —inquirió Jorg.

—Sí, pero sólo por seguirle el juego a la chica. Yo sabía que no podía haber nadie allí. Y no lo había, desde luego. Sin embargo, poco después recibí aquel tremendo golpe en la nuca...

—Te lo dio la chica, Petar —dijo Udo.

—Sí, se soltó y te atizó —rezongó Ivica.

—Es lo que pensé yo, cuando me desperté. Pero como la chica no aparece...

—No le des más vueltas, Petar —masculló Boris—. No existe tal amigo. La chica se lo inventó para ganar tiempo. Debía de estar a punto de soltarse y necesitaba unos minutos más.

—Boris tiene razón —opinó Jorg.

—¿Y por qué no aparece la muchacha? —insistió Petar.

—Aparecerá, no te preocupes —aseguró Ivica.

—¿Recordáis lo que dijo, cuando le ordenamos que saliera de la piscina? Sabía que íbamos a secuestrarla, porque se lo había dicho el tipo que, según ella, estaba tumbado en una silla extensible cuando nosotros llegamos.

Udo e Ivica, que no tenían noticia de ello, cambiaron una mirada.

—¿Es cierto eso, Boris? —preguntó el primero.

—Bueno, es verdad que la chica lo dijo, pero nosotros no vimos a nadie —rezongó el interpelado.

—Ella dijo que el tipo huyó al

vernos —recordó Petar.
—Lo hubiéramos visto correr —masculló Jorg.
—Sí, aquello también debió inventárselo la muchacha, para ponernos nerviosos —opinó Harald.
—¿Cómo sabía, entonces, que íbamos a secuestrarla? —observó Petar.
—No era tan difícil adivinarlo —respondió Boris—. Los cuatro íbamos armados, la chica era hija del director del Banco Espacial de Zoro... Debió pensar que la queríamos raptar para luego pedirle un fuerte rescate a su padre.
—¡Y tan fuerte! ¡Como que limpiamos la caja del Banco! —exclamó Jorg, riendo.
Sus compañeros también rieron, olvidándose por un momento de la extraña desaparición de Mandy Wells.
Después reanudaron la búsqueda.
Como resultó totalmente infructuosa, los atracadores volvieron a sentirse preocupados.
Y con razón, porque, sin la muchacha a bordo, como rehén, se sentían mucho menos seguros.
Sin embargo, no variaron el rumbo de la astronave, limitándose a forzar los reactores nucleares al máximo, para llegar cuanto antes a Bodox, un planeta deshabitado, en el que podrían considerarse a salvo.
Eso pensaban ellos, al menos.
Darío Sukman sé encargaría de demostrarles que estaban en un error.

CAPITULO X

—Tengo hambre, Darío.

—Eres una chica muy poco romántica, Mandy.

—¿Por qué dice eso?

—Te tengo sobre mis rodillas, te estoy besando, te estoy acariciando, y me sales con que tienes hambre.

—Es la verdad, Darío. No he comido nada desde esta mañana. Y yo soy una chica muy tragona.

—Nadie lo diría, viéndote en bikini.

—Gracias por el piropo, pero eso no alimenta. ¿No tiene algo por ahí, para matar el gusanillo?

—Sí, la despensa de a bordo está bien surtida.

—Qué suerte.

—¿De verdad tienes hambre, Mandy, o es sólo un pretexto para que no siga besándote y acariciándote?

—Mitad y

mitad.

—No tengo más remedio que llamarte desagradecida de nuevo.

—Oiga, que yo no le debo nada.

—Impedí que Petar te violara.

—Para eso le contrató mi padre, ¿no?

—Sí, pero...

—No hay pero que valga. Usted no está haciendo todo esto por mí, sino por diez lingotes de oro. Me he dejado besar y acariciar porque he querido, no porque me sienta en deuda con usted. ¿Está claro, Darío?

—Sí, muy claro.

—Retire lo de desagradecida, pues.

—Retirado.

—Retire también su mano de mis piernas.

—Retirada.

Mandy Wells se levantó y se sentó en el sillón del copiloto. Después de cruzar las piernas, pidió:

—Tráigame algo de comer, Darío.

—A la orden —sonrió Sukman, que no estaba en absoluto enfadado. Se puso en pie y salió de la cabina de mandos.

Mandy, mientras tanto, observó la astronave de los atracadores a través de la pantalla de televisión.

Cuando Sukman regresó, con una bandeja llena de alimentos, la muchacha preguntó:

—¿Sabe adónde se dirigen, Darío?

—Sí.

—Dígamelo.

—Se dirigen a Bodox, un planeta ideal para esconder los lingotes de oro y esconderse ellos también.

—¿Cómo lo averiguó usted?

—Del mismo modo que averigüé que iban a secuestrarte a ti, para utilizarte en el atraco al Banco Espacial de Zoro.

—¿Dispone también de algún aparatito que le permite adivinar el futuro?

—Algo así —sonrió Sukman, depositando la bandeja de los alimentos sobre las piernas de la joven.

Mandy Wells empezó a comer, demostrando que era cierto que tenía apetito.

—¿No me acompaña, Darío? —sugirió.

—No, yo ya he cenado.

—Hábleme de ese aparatito que le permite adivinar lo que va a suceder.

—Eres una chica muy curiosa, Mandy.

—Por favor, Darío. Ya sabe que yo no se lo diré a nadie.

—Está bien, voy a confiar en ti. Este es el aparato —Sukman tomó uno de los objetos que pendían de su cinto y se lo mostró—. Gracias a él puedo regresar al pasado y viajar al futuro. Es otro invento de mi amigo.

Mandy Wells parpadeó

graciosamente.
—¿Ha dicho regresar al pasado y viajar al futuro...?
—Sí, por increíble que parezca. Programo el lugar y la fecha en donde me gustaría encontrarme, pulso este pequeño botón, y en sólo unos segundos aparezco allí.
—¡Es fantástico!
—Así me enteré del atraco al Banco Espacial. Lo leí en los periódicos de mañana. Por .eso viajé a Zoro, con el propósito de desbaratar los planes de los atracadores.
—¡Entonces puede usted alterar los acontecimientos, gracias a su aparato! -—exclamó Mandy, asombrada.
—Sí, pero sólo los que todavía no se han producido. Me explicaré. Yo puedo evitar el robo de unas joyas, pongamos por caso, que van a ser sustraídas mañana. Lo que no puedo hacer, es evitar un robo que se produjo ayer, aunque me traslade a ese día. Yo no puedo actuar en el pasado. Es imposible cambiar algo que ya se ha hecho.
—Entiendo.
—Cuando viajo al pasado, las gentes no me ven. No pueden verme, porque yo *no estaba* allí. En el futuro, en cambio, sí puedo actuar. Y de hecho lo hago, en ocasiones. El futuro puede modificarse; el pasado, no. Es absolutamente imposible.
—Es una pena, ¿verdad?
—Desde luego. Sería maravilloso poder cambiar muchas de las cosas que ya han ocurrido, pero...
—Ese amigo suyo debe

ser un tipo muy inteligente.
—
Sí
que
lo
era.
—
¿*Era*...?
—
Ha
muerto
ya.
—
Cuánto
lo
siento.
—Todos tenemos que morir, un día u otro —sonrió levemente Sukman, y volvió a colgar de su cinto el pequeño aparato que le permitía viajar a través del tiempo.
Justo en aquel momento la astronave de los atracadores comenzó a empequeñecerse en la pantalla de televisión.

Darío Sukman se dio cuenta de ello y dijo:
—Petar ha vuelto en sí y ha informado a sus compañeros de tu desaparición, Mandy. La astronave ha aumentado su velocidad, aunque no ha variado su rumbo. Aumentaré también la velocidad de la mía.
El Burlador de la Galaxia lo hizo y la astronave de los atracadores se agrandó en la pantalla de televisión, hasta alcanzar el mismo tamaño de antes.
—Volvemos a viajar a la misma velocidad que ellos.
—¿Vamos a seguirles hasta Bodox, Darío?
—Sí.
—¿Piensa recuperar el oro allí?
—Sí.
—¿No será peligroso?
—Sé cómo actuar en casos como éste, no temas. —¿Cuánto tardaremos en llegar a Bodox?
—A esta velocidad, unos cuatro

días.

—¡Cuatro días! —respingó la muchacha.

—Bodox está lejos, Mandy.

—¿Por qué no me devuelve a Zoro, y luego persigue a los atracadores?

—Imposible. No puedo arriesgarme a que modifiquen sus planes y después me cueste una barbaridad dar con ellos.

—Usted lo que quiere es tenerme a bordo.

—Eres una compañía muy agradable, tengo que reconocerlo.

—No tengo nada que ponerme.

—Te prestaré un traje no te preocupes.

—Me quedará muy grande.

—Te quedará bien, porque no 'es mío, sino de una amiga que hizo un viaje conmigo. Se lo dejó olvidado. —¿Y qué se marchó, en traje de Eva?

—No, mujer —rió Sukman—. Tenía otros.

—Ya.

Mandy
Wells
siguió
comiendo.
Cuando su apetito estuvo saciado, devolvió la bandeja a Darío Sukman y dijo:
—Me siento cansada, Darío. ¿Puedo irme a dormir? —En cuanto quieras.
—
Ya
quiero.
—Te
acompañaré
al
camarote.
—
¿Al
suyo
o
al
mío?
—
Al
de
los
dos.
—
¿Qué?
—Sólo hay un camarote a bordo, Mandy.
Tenemos que compartirlo.
—¿Está insinuando que vamos a dormir juntos...? —Bueno, la litera es doble. Puedes acostarte arriba o abajo, como prefieras.
—¿Cuál ocupaba su amiga? La que se dejó el traje. —La de abajo.
—Apuesto
a que

usted también.

—Sí, dormíamos los dos en la misma litera.

—Bien apretaditos, ¿eh?

—Sí, para no caernos.
—Cínico.
—Guapa.
—No me venga con piropos.
—Fea.
—Oiga, a mí no me insulte.
—¿Te das cuenta? —rió Sukman—. No estás conforme con nada.
—Váyase al diablo —gruñó Mandy, y salió de- la cabina de mandos. Darío salió tras ella.
Mandy se detuvo.
—No es necesario que me acompañe. Sé dónde está el camarote.
—¿Por qué estás enfadada?
—No estoy enfadada.
—Demuéstramelo.
—¿Cómo?
—Dándome un beso.
—Como no se lo dé su tía... —masculló Mandy, y se metió en el camarote, cerrando la puerta.

CAPITULO XI

Pese a que era cierto que Mandy Wells se encontraba cansada, la joven tardó bastante en dormirse, pues quería estar despierta cuando Darío Sukman entrase en el camarote.

Pero pasaban los minutos y el Burlador de la Galaxia no aparecía, y Mandy se vio vencida por el sueño. Se había acostado en la parte de arriba de la litera, sin la corta bata de baño, sólo con el atrevido bikini, aunque se cubrió casi hasta el cuello con la rosada y brillante sábana.

Por la mañana, cuando se despertó, vio un traje amarillo, de una sola pieza, brillante, sobre la sábana que la cubría.

Mandy adivinó que era el traje que olvidara la amiguita de Darío.

No le hacía ni pizca de gracia ponérselo, pero, como no disponía de otro, se lo enfundó y salió del camarote, en busca de Darío Sukman, al cual encontró en la cabina de mandos.

—Se ha levantado más pronto que yo —dijo, con seriedad.

Sukman, en cambio, sonrió al verla y explicó:

—No me he acostado, Mandy.

—¿Por qué?

—Hay que vigilar la astronave de los atracadores, por si cambia de rumbo. Si no te importa, ahora vigí- lala tú y yo dormiré unas horas.

—De acuerdo.

—Si ves que se mueve, avísame en seguida.

—Descuide.

—¿Sigues de mal humor?

—No.

—Demuéstramelo.

—No pienso darle ningún beso.

—Prueba evidente de que sigues enfadada.

—No tengo ganas de discutir.

—Ni yo —dijo Darío, y se fue a dormir.

*
*
*

Así, vigilada siempre, la astronave de los atracadores llegó a

su destino al quinto día de viaje.
Cuando Darío Sukman dormía, Mandy Wells se encargaba de la vigilancia, y viceversa.
A la muchacha ya se le había pasado el enfado.
Se le pasó el segundo día de viaje, cuando Darío se levantó, tras haber dormido unas horas, y regresó a la cabina de mandos. El volvió a preguntarle si seguía de mal humor, y al responder ella que no, Darío se inclinó y le dio un beso, tan dulce y tan cálido, que Mandy no fue capaz de rechazarlo.
A ese beso, claro, siguieron otros,
más largos y apasionados.

Y caricias, muchas caricias, cada vez más atrevidas.

Mandy protestaba de vez en cuando, pero la verdad era que no hacía nada por frenar a Darío, porque en el fondo le encantaban sus besos y sus caricias.

Fueron cuatro días maravillosos para los dos.

Pero eso se había acabado. Estaban ya en Bodox.

Darío Sukman tenía que empezar a actuar de verdad.

*

*

*

Bodox era un planeta relativamente pequeño, muy montañoso, con numerosos e interminables desfiladeros, cientos de cuevas de todos los tamaños, gigantescos farallones...

La astronave de los atracadores, cuya velocidad era ahora mínima, sobrevoló la rocosa superficie de Bodox, en busca del mejor lugar para ocultarse.

Había tantos, y todos eran tan buenos, que resultaba difícil decidirse.

Finalmente, los atracadores se pusieron de acuerdo y se metieron con su astronave en una enorme caverna, tan

profunda, que semejaba la garganta de una descomunal bestia presta a engullirlo todo.

Era
realmente
impresionante.

La astronave de los atracadores se posó en la gigantesca caverna, casi al fondo de la misma, y sus reactores dejaron de funcionar.

Como la atmósfera de Bodox era perfectamente respirable, los atracadores decidieron salir de la astronave y recorrer la caverna.

Udo e Ivica, por el momento, se quedaron a bordo, vigilando la astronave. Ya darían un paseo por la caverna más tarde, cuando regresasen Petar, Boris, Jorg y Harald. Estos, armados con fusiles de rayos láser, descendieron de la astronave.

Sabían que Bodox no estaba habitado, pero podían verse atacados por alguna fiera o algún pajarraco peligroso, y había que tomar precauciones.

*

*

*

A través de la pantalla de televisión instalada en la cabina de mandos de su nave, Darío Sukman vio cómo la astronave de los atracadores se introducía en la caverna.

—Bien, parece que ya han decidido dónde ocultarse. Nosotros nos quedaremos aquí —dijo, e hizo descender su nave, que se posó suavemente en el suelo. Sukman paró los motores.

Aquel lugar estaba a varios kilómetros de la caverna elegida por los secuestradores para esconderse.

El Burlador de la Galaxia se puso en pie y tomó el ingenio electrónico que le permitía trasladarse de un lado a otro en sólo unas décimas de segundo.

—Voy a hacerles una visita —dijo.

Mandy Wells saltó de su sillón.
—Quiero ir contigo, Darío.
—No puede ser, Mandy.
—¿Por qué?
—Estarás mucho más segura aquí.
—Me asusta quedarme sola, Darío.
—Sólo tardaré unos minutos en regresar, te lo prometo.
—Insisto en que me lleves.
—Actuaré con mayor libertad si voy solo, Mandy. Además, no quiero que arriesgues tu vida.
—¿No vas a arriesgar tú la tuya?
—Es distinto. Tu padre me contrató para recuperar el oro y salvarte a ti, no lo olvides. Me dará diez lingotes por ello.
—Tú no te arriesgas por los diez lingotes de oro, Darío. Estoy segura de que no te
importan nada. Arriesgas tu vida porque te gusta el peligro, la aventura, las emociones fuertes. Eres un aventurero nato. Un aventurero del espacio.
Sukman sonrió y acarició el bello rostro de la muchacha.
—Es posible que tengas razón, Mandy —dijo, y la
besó cálidamente en los labios. Un segundo después,
el Burlador de la Galaxia desaparecía.

CAPITULO XII

Udo e Ivica habían prendido fuego a un par de excelentes cigarros y fumaban tranquilamente en la cabina de mandos de la astronave, cómodamente repantigados en sus respectivos sillones.
En los rostros de ambos se apreciaba la satisfacción que les producía el haber llegado a Bodox sin más contratiempo que la misteriosa desaparición de Mandy Wells, porque ahora, aun sin la muchacha como rehén, se consideraban absolutamente seguros.
Udo dio una larga chupada a su cigarro, expulsó pausadamente el humo, y dijo:
—¿Qué habrá sido de la chica, Ivica?
—¿Te refieres a la hija del director del Banco Espacial de Zoro?
—Sí.
—No tengo idea. Todavía no me explico su desaparición.
—Si la tuviéramos con nosotros, nuestra felicidad sería aún más completa. Ivica sonrió.
—Sé a lo que te refieres, Udo, y estoy de acuerdo contigo. Somos seis hombres, jóvenes, sanos y fuertes. Y no disponemos de ninguna mujer. La que teníamos, se esfumó.
—Era un verdadero bombón, ¿verdad?
—Ya lo creo. Lo hubiéramos pasado fenomenal con ella.

—Violándola una y otra vez, ¿no? —dijo una voz.
Udo e Ivica respingaron en sus asientos y volvieron rápidamente sus cabezas, descubriendo a Darío Sukman, en la misma puerta de la cabina de mandos.
La sorpresa los dejó a los dos como paralizados, impidiéndoles reaccionar. Sukman, que no esgrimía arma alguna, dijo:
—Sois un par de cerdos, pero yo os voy a dar vuestro merecido.
Udo fue el primero en recobrar la movilidad.
Arrojó el puro, brincó de su sillón, y extrajo velozmente su pistola de rayos paralizantes, apuntando a Sukman.
—¡No te muevas o te convierto en una estatua!
Ivica reaccionó también, repitiendo los movimientos de su compañero, por lo que Darío Sukman se vio encañonado por dos pistolas de rayos paralizantes.
Ello, sin embargo, no puso nervioso al aventurero del espacio, como poco antes le llamara Mandy Wells.
Y lo demostró esbozando una irónica sonrisa.
—¿Quién eres? —interrogó Udo.
—¿De dónde diablos has salido? —masculló Ivica.
—Soy el amigo de Mandy Wells. Yo golpeé al puerco de Petar, cuando se disponía a abusar de ella.
Udo e Ivica respingaron

de nuevo.

—¡Era cierto! —¡La chica tenía un amigo!

—No lo creíais posible, ¿eh? Udo apretó los dientes.

—¿Dónde tienes a la muchacha?

—En mi nave —respondió Sukman.

—¿Y dónde está tu nave? —inquirió Ivica.

—Cerca de aquí.

—¿Cómo conseguiste sacar a la chica de la astronave? —preguntó Udo.

—Prefiero guardarlo en secreto.

Ivica enseñó sus dientes, en fiero gesto.

—Parece que no te das cuenta de tu situación, compañero. Te estamos apuntando con nuestras pistolas.

—Me río yo de vuestras pistolas. Y de vosotros también. Sois muy poca cosa para mí.

—Conque sí, ¿eh? —masculló Udo.

—Démosle una lección al tipo, Udo —sugirió Ivica.

—Sí, vamos

por
él.
Sin dejar de apuntarle con
sus armas, fueron hacia
él.
Sukman permitió que se acercaran, y cuando estuvieron a sólo un paso de él, hizo uso del objeto electrónico que utilizara para trasladarse a la astronave de los atracadores y desapareció en el acto.
Udo e Ivica se quedaron clavados,
con unos ojos como platos.
—¡No
está! —
exclamó el
primero.
—¡Se ha convertido en humo! —dijo el segundo,
haciendo un gallo con la voz.
—Estoy aquí, estúpidos —habló Sukman, que había
aparecido detrás de los tipos.
Udo e Ivica se revolvieron, encontrándose con dos puños que iban directos hacia sus caras, con tanta rapidez, que no pudieron esquivarlos.
El puño derecho de Darío Sukman envió al suelo a Udo, mientras que el izquierdo derribó a Ivica.
Ambos atracadores perdieron sus pistolas, pero se apresuraron a recuperarlas. Sukman no hizo nada por impedirlo.
Udo fue el primero en apuntarle y accionar el gatillo, pero el rayo paralizante no alcanzó a Darío, ya que éste recurrió de nuevo al ingenio electrónico y desapareció en el instante justo.
Por esta razón, Ivica no
llegó a disparar su arma.
—¡Es un fantasma, Udo! —galleó—. ¡Desaparece cuando quiere y aparece donde le da la gana!
—Tú lo has dicho, Ivica —se dejó oír nuevamente Sukman, a espaldas de los tipos, y hundió la punta de su bota derecha en el trasero del atónito Ivica.

Este dio un grito y se estrelló de bruces contra el suelo.

Udo se giró con rapidez, pero no le sirvió de nada, pues la otra pierna de Darío entró en acción, alcanzándole de lleno en el rostro y tirándole de espaldas.

Los dos atracadores habían perdido nuevamente sus pistolas. Esta vez, sin embargo, no hicieron nada por recuperarlas.

Ya se habían convencido de que no les servirían de nada.

Ni siquiera intentaron levantarse.

Desde el suelo, tirados, miraron a Darío Sukman como si éste fuera un pulpo de cinco

cabezas.

—¿Quién demonios eres? —murmuró Udo.

—¿Cómo puedes aparecer y desaparecer con esa rapidez? —balbuceó Ivica.

—Soy Darío Sukman.

Udo e Ivica se estremecieron. El primero exclamó:

—¡El Burlador de la Galaxia!

—El mismo —sonrió Sukman.

—¡Eres un brujo de verdad! —dijo Ivica.

—No soy un brujo, soy un hombre como vosotros, sólo que me muevo un poco más rápido.

—¿Qué es lo que quieres de nosotros, Sukman? —preguntó Udo.

—¿Por qué nos has seguido hasta Bodox? —inquirió Ivica.

—Me encargaron rescatar a Mandy Wells y recuperar el oro que robasteis al Banco Espacial de Zoro. Lo primero ya lo he conseguido; lo

segundo, no tardaré en lograrlo. Udo e Ivica cambiaron una nerviosa mirada.
—Hagamos un trato, Sukman —propuso el primero—. Nosotros te entregamos una séptima parte del oro, y tú te olvidas de que existimos. ¿De acuerdo?
—Es una oferta muy interesante, Sukman —dijo Ivica, sonriendo sin ganas.
—Sí, sois muy generosos —respondió Darío.
—¿Aceptas? —preguntó Udo.
—No.
—¿Por qué?
—Yo no hago tratos con ratas.
—¿Quieres una parte mayor? —sugirió Ivica.
—¿Tal vez una tercera parte del oro? —propuso Udo, para ver si así... La respuesta de Darío fue atizarles un patadón a cada uno.
Udo e Ivica aullaron a

dúo.
—He dicho que no hago tratos con
ratas —masculló Sukman.
Los tipos, en un último y desesperado intento por salvar su difícil situación, se arrojaron a un tiempo sobre las piernas del Burlador de la Galaxia, confiando en atraparle y derribarle.
Pero sólo atraparon el aire, porque Darío Sukman se esfumó en el instante justo, y Udo e
Ivica se dieron un morrón de campeonato,
quedando medio aturdidos.
Sukman se encargó de aturdirlos del todo, apareciendo de nuevo y haciendo otra vez uso de las puntas de sus botas, que primero incrustó en las costillas de los tipos y luego en sus quijadas.
Udo e Ivica lanzaron sendos alaridos de dolor y después
perdieron el conocimiento, quedando inmóviles en el suelo.
Darío Sukman extrajo unos pedazos de cuerda, muy resistente, del bolsillo derecho de su traje, y ató a los tipos de pies y manos, trasladándolos seguidamente a uno de los camarotes, en donde los dejó encerrados.
Bien.
Ya tenía a
dos de los
atracadores.

Pero aún quedaban cuatro por atrapar.

Antes de ir por ellos, Darío decidió trasladarse a su nave para hacer saber a Mandy que todo estaba saliendo bien.

Sabía que la muchacha había quedado muy preocupada, y quería tranquilizarla.

Fue una suerte que Darío Sukman decidiese eso, porque Mandy Wells estaba viviendo uno de los peores momentos de su existencia en ese preciso instante, al haber aparecido de pronto una monstruosa serpiente, de no menos de treinta metros de longitud y casi un metro de grosor, que ya se estaba enroscando a la nave del Burlador de la Galaxia, amenazando con triturarla con su poderoso cuerpo, mientras con su cabezota golpeaba el mirador de la cabina de mandos, tratando de romper el grueso y sólido cristal.

El gigantesco reptil había descubierto la presencia de Mandy Wells en el interior de la cabina, y estaba deseando zamparse a la muchacha, con traje y todo.

CAPITULO XIII

Mandy Wells chillaba una y otra vez, presa de un terror indescriptible. Había caído al suelo, y desde allí observaba con ojos espantados a la colosal bestia, sin fuerzas para levantarse, porque el pánico tenía agarrotados sus miembros.

—¡No temas, Mandy!

La joven volvió la cabeza.

—¡Darío!

—¡Tranquilízate, no va a pasar nada! ¡Ese gigantesco animal no puede causar ningún daño a la nave! ¡Es más fuerte que él! —aseguró Sukman.

Y era verdad.

La nave del Burlador de la Galaxia estaba perfectamente capacitada para resistir cualquier presión, por terrible que fuera.

La monstruosa serpiente no conseguiría que el fuselaje de la nave cediera, como tampoco el grueso cristal del mirador de la cabina de mandos.

De cualquier modo, Darío Sukman no estaba dispuesto a permitir que aquel horripilante ser continuara zarandeando la nave y aterrorizando a Mandy Wells, así que ocupó su sillón y encendió los motores, accionando inmediatamente la palanca de despegue vertical.

La serpiente lanzó un rugido escalofriante al ver que la nave se elevaba, y ella también, pues no quiso soltar su presa.

—¡Prepárate, amiguita, que te vas a divertir! —dijo Sukman, e hizo chocar su nave contra la rocosa pared que se levantaba a su derecha, y que parecía cortada a pico.

La serpiente gigante abrió su bocaza al máximo y lanzó otro rugido, más largo y más escalofriante que el primero, porque si aquél fue de rabia, este de ahora fue de dolor, ya que su cuerpo había quedado aplastado entre el costado de la nave

y la dura pared.

Sukman rió.

—No te ha gustado, ¿eh? ¡Pues ahí va otro golpecito, para que aprendas a no coger lo que no es tuyo, lagartija! —dijo, separando su nave un par de metros de la pared, para luego estrellarla de nuevo contra ella.

La serpiente emitió otro rugido desgarrador, al verse aplastada de nuevo contra la rocosa pared, pero siguió resistiéndose a soltar su presa.

No sólo tenía la cabeza grande, sino que era una cabezota.

Peor para ella, porque Darío Sukman la aplastó contra la pared varias veces más, hasta que por fin, medio muerta, la serpiente desenroscó su triturado cuerpo de la nave y cayó al suelo, desde unos quince metros de altura.

Pero no acabó allí la cosa.

Darío quería acabar del todo con la gigantesca bestia, para que no volviera a asustar a nadie, e hizo funcionar el cañón de rayos láser que la nave llevaba acoplado en su proa. Bastaron un par de disparos para destruir totalmente la cabezota de la serpiente, que ya no se movió.

—Se acabó —dijo Sukman, mirando a Mandy Wells, que seguía sentada en el suelo.

—Ha sido horrible, Darío —musitó la muchacha, pálida todavía.

—Yo me he divertido mucho.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Sukman le tendió la mano.

—Arriba, preciosa.

Mandy se levantó y se dejó caer en el sillón del copiloto.

—No debiste dejarme sola, Darío.

—En la nave no corres ningún peligro, te lo aseguro.

—¿Y qué me dices del susto que me he llevado? Ha sido de muerte. Y menos mal que tú apareciste, porque si no...

—Vine a decirte que ya tengo inutilizados a dos de los atracadores.

—¿De veras?

—Sí, los sorprendí en la cabina de mandos.

—¿Y

los otros cuatro...?

—Están recorriendo la caverna, que es enorme. Debo ir por ellos, antes de que regresen a la astronave y descubran lo que ha pasado.

—Esta vez iré contigo, Darío.

—Mandy...

—No trates de convencerme para que me quede, porque no lo conseguirás. Donde vayas tú, iré yo también.

Sukman suspiró.

—Está bien, te llevaré conmigo. Pero harás lo que yo te ordene, ¿de acuerdo?

—Sí, amo.

—Sin pitorreo, nena.

Mandy Wells rió de forma contagiosa y Darío Sukman acabó riendo también.

*

*

*

Boris, Petar, Harald y Jorg seguían inspeccionando la gigantesca caverna, con los fusiles de rayos láser a punto,

por si se veían precisados a utilizarlos.
Por el momento, todo parecía tranquilo,
pero no había que fiarse.
Había muchas rocas en el interior de la caverna, y de detrás de alguna de ellas podía surgir algún bicho con las peores intenciones.
Sin embargo, no fue un bicho lo que surgió, sino una mujer, joven y hermosa, de cabello rubio platino.
Los
atracadores se
quedaron
parados. Sus
bocas se
abrieron.
Sus
ojos
se
dilataron.
Y es que no podían
creer lo que estaban
viendo.
Lógico, porque estaban viendo a Mandy Wells, la hija del director del Banco Espacial de Zoro, la muchacha que ellos secuestraron y metieran en su nave, como rehén, y que luego desapareció misteriosamente, cuando iba a ser violada por Petar.
Mandy, de pie sobre una roca que tendría unos dos metros de altura, sonrió burlonamente y dijo: —Hola, canallas. ¿Qué tal os va por Bodox?

Los tipos empezaron a reaccionar.

—¿De dónde sales tú?

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¿Quién te ha dado ese traje?

—¿Quién te ayudó a escapar?

—Un amigo mío, que se va a presentar muy pronto —respondió Mandy.

—Y de una manera muy particular —habló Darío Sukman, apareciendo detrás de los atracadores y descargando sendos mazazos en las nucas de Harald y Jorg, quienes se derrumbaron al instante, perdiendo sus fusiles.

Boris y Petar se dieron la vuelta con rapidez, pero no vieron a nadie.

Sólo a sus dos compañeros caídos, medio atontados por el par de mazazos. Darío Sukman apareció detrás de Boris y Petar.

—¿Me buscáis a mí? —dijo, y soltó otro par de mazazos.

Boris y Petar se desplomaron, emitiendo sendos gruñidos de dolor. Mandy Wells se puso a aplaudir calurosamente.

—¡Bravo, Darío!

Sukman se apresuró a apoderarse de los fusiles de rayos láser de los atracadores, los cuales arrojó tras unas rocas próximas. Después les arrebató las pistolas de rayos paralizantes, que también envió al otro lado de las rocas.

Los tipos no pudieron hacer nada por impedirlo, ya que seguían bajo los efectos de los duros y precisos mazazos.

Pero ya se iban recuperando. Y con rapidez.

Harald fue el primero en ponerse en pie, seguido de Jorg. Boris y Petar se incorporaron también.

Miraron a Darío Sukman, y al ver que éste no empuñaba arma alguna, Jorg rugió:

—¡A por él!

Sukman no se movió de donde estaba, porque prefería desaparecer en el momento oportuno.

Y eso hizo.

Los atracadores cayeron unos sobre otros, lastimándose involuntariamente entre sí. Mandy Wells se partía de risa viendo aquella especie de bola humana que formaban los

tipos.

—¡Es lo más divertido que he presenciado nunca! —exclamó, saltando como una niña encima de la roca.

Darío Sukman, que había aparecido a la derecha de los atracadores, la emprendió a puntapiés con ellos, con una velocidad de movimientos que asombraba.

Pateó nalgas, costillas, riñones, hígados, estómagos, quijadas...

Los atracadores gemían sin cesar, impotentes para evitar la lluvia de golpes que caía sobre ellos, pues cada vez que intentaban atrapar a Darío Sukman, éste desaparecía y aparecía en otro lugar, reanudando inmediatamente la serie de patadones.

—¡Basta! —suplicó Boris.

—¡No nos golpees más! —gimoteó Petar.

—¡Nos rendimos! —gritó Jorg.

—¡Sí, no podemos contigo! —dijo Harald.

—¡Nadie puede con el Burlador de la Galaxia! —exclamó Mandy Wells, riendo. Los atracadores respingaron en el suelo.

—¡Es Darío Sukman...! —chilló Boris.

—Sí, soy Darío Sukman —asintió el Burlador de la Galaxia—. Acepté la misión de rescatar a Mandy Wells y recuperar los lingotes de oro. Y la misión ha sido cumplida. ¡Vamos, poneos en pie y caminad hacia la astronave!

Los tipos obedecieron sin rechistar.

Era mucho el respeto que le tenían a Darío Sukman, *el Burlador de la Galaxia.*

EPILOGO

Darío Sukman ató a Boris, Petar, Harald y Jorg, y los encerró junto con Udo e Ivica, en el mismo camarote.

Después, encendió los reactores de la astronave y la sacó de la gigantesca caverna, abandonando Bodox. Una vez programado el rumbo, conectó el piloto automático y él y Mandy Wells se trasladaron a su nave, que seguía posada cerca de donde yacía, muerta, la monstruosa serpiente.

Sukman puso en funcionamiento los motores de su nave y siguió a la astronave de los atracadores, que no tardó en aparecer en la pantalla de televisión de la cabina de mandos.

Entonces, redujo la velocidad de la nave, para mantener la distancia entre ésta y la astronave de los atracadores, y puso el piloto automático.

Miró a Mandy Wells y le tendió la mano.

—Ven, Mandy.

La joven le cogió la mano y se sentó sobre las rodillas de él.

Sukman le dio un beso y dijo:

—Tengo que hablar contigo, Mandy.

—

Te escucho, Darío.

—Me gusta la vida que llevo, y no pienso cambiarla. Aunque sí me agradaría compartirla contigo.

—¿Lo dices en serio...?

—Te quiero, Mandy, y me gustaría casarme contigo.

Ella le acarició el rostro, dulcemente.

—Yo también te quiero, Darío.

—¿Te casarás conmigo?

—Sí.

—¿No te importa unirte para siempre a un aventurero del espacio?

—En absoluto, siendo tú ese aventurero.

—¿Qué dirá tu padre?

—Nada. Cuando le cuente lo que has hecho por mí, y lo que hiciste para recuperar el oro, te estará muy agradecido.

—Aún lo estará más si le perdono los diez lingotes de oro, ¿verdad?

—¡Desde luego!

—Pues se los perdonaré. Si te consigo a ti, me consideraré suficientemente pagado.

—A mí ya me has conseguido, Darío —le sonrió amorosamente Mandy. Sukman la besó de nuevo y luego se levantó, con ella en brazos.

—Vamos.

—¿Adónde me llevas, Darío?

—A mi camarote. Esta vez vamos a compartirlo de verdad.

—Los dos en la litera de abajo, ¿no?

—Exacto.

—Bien apretaditos, para no caernos.

—Eso es.

Rieron los dos alegremente y luego Darío Sukman echó a andar, saliendo de la cabina de mandos.

Mandy Wells, que se había cogido de su cuello, le acercó los labios y pidió:

—Bésame otra vez, Burlador de la Galaxia. Darío Sukman se apresuró a complacerla.

FIN